

Hacia una esencia de la identidad chilena. La utopía de la historiografía conservadora del siglo XX: Alberto Edwards, Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre.

Towards an essence of the chilenan identity. The utopy of Chilean conservantine historiography at twentieth-century: Alberto Edwards, Francisco A. Encina and Jaime Eyzaguirre.

Daniel Catejo Cofré*

RESUMEN

El siguiente artículo, busca relacionar los ensayos históricos de Edwards, Encina e Eyzaguirre, pertenecientes a la corriente historiográfica conservadora de Chile del siglo XX, con el postulado utópico conservador de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim. El propósito de esto es revelar las distorsiones históricas del pasado que determinan el pensamiento conservador de dicha escuela y su interés por reflejar una identidad esencialista de Chile dentro del contexto socio-histórico de crisis de la época desde el cual elaboran sus obras (siglo XX). En suma, se trata de un análisis sociológico aplicado al campo de la historiografía desde un plano teórico y empírico.

Palabras claves: Sociología del Conocimiento, Utopía, Identidad, historiografía conservadora de Chile del siglo XX.

ABSTRACT

The following article seeks to relate the historical essays by Edwards, Encina and Eyzaguirre -which belong to the twentieth-century Chilean conservative historiographical current- to the utopian conservative postulate of Karl Mannheim's Sociology of Knowledge. The aim is to reveal the historical distortions of the past that determine the school of conservative thought, and its interest in reflecting an essentialist identity of Chile within the socio-historical context of the crisis of that time, in which their works were produced (XX century). In sum, it is a sociological analysis applied to the field of historiography from theoretical and empirical grounds.

Keywords: Sociology of Knowledge, Utopia, Identity, Twentieth-century Chilean conservative historiography.

Recibido: diciembre de 2014

Aceptado: marzo de 2015

Introducción

La problemática de esta investigación se relaciona con la función y trascendencia que ha tenido la historiografía chilena conservadora, a través del contenido de sus relatos, en la configuración de ciertos aspectos de nuestra identidad nacional que se han apropiado del sentido común en donde Chile figura como un país auténtico, con símbolos, costumbres y tradiciones

* Licenciado en Historia Universidad de Concepción; Programa de Magister de la Universidad de Concepción. Correo electrónico: danielcatejo@udec.cl

determinadas dentro del contexto latinoamericano. En primera instancia, el interés por la identidad, surge desde la constante labor por parte del Estado y los organismos regionales en integrar, en sus políticas y estrategias de desarrollo, el tema de las identidades nacionales y locales, respectivamente, haciéndolas converger en una sola: “la chilenidad”.

En segundo lugar y, para efectos de esta investigación, creemos que la historiografía ha sido una herramienta que no ha estado exenta de este propósito por buscar un sentido a la identidad Chilena. Nos referimos, especialmente, a la historiografía conservadora y nacionalista¹ que, desde inicios del siglo XX, comienza a realizar un rescate de ciertos elementos tradicionales, inmutables en el tiempo, que muchas veces se han catalogado como una deformación de la historia nacional. Creemos que en esa aparente distorsión, existen elementos existenciales que apuntan a una identidad legitimada y homogénea que se apropia de un sentido nacional común que se generó desde la época colonial de nuestro país y que trascendió hasta la actualidad.

Esta corriente historiográfica, nos entrega, a través de sus ensayos históricos, la factibilidad necesaria para emprender un trabajo teórico-empírico de estas características ya que, en sus respectivas obras, se contienen miradas, reflexiones e intenciones que responden al contexto histórico en que fueron elaboradas. Entre 1900 y 1950, hubo un vuelco en la forma de hacer historia en Chile debido al auge de los nacionalismos en el mundo occidental; al cuestionamiento del positivismo decimonónico, la manifestación antiimperialista y la crítica a la oligarquía por parte de los intelectuales tanto a nivel latinoamericano como chileno; el quiebre con las ideas liberales relacionado con la primera crisis de la modernidad; el surgimiento de movimientos sociales subversivos influenciados por ideologías extranjeras y el auge del ensayismo latinoamericano cuyas ideas fuerza apuntaban a definir la identidad americana y nacional².

Edwards, Encina e Eyzaguirre, se ubican en este contexto de crisis y decadencia y es, a partir de su literatura histórica, que comienzan a manifestar con un pesimismo crítico, una visión de la historia de Chile con un marcado apego por buscar, en las raíces de nuestra historia, la interpretación de las transformaciones sociales y conflictos que asolan a la sociedad. Creemos que el ensayo histórico de estos historiadores presenta un rescate histórico-valórico, es decir, se fija como un relato que refleja un proceso perdurable e inmutable en el tiempo, como una

¹ Las tendencias nacionalistas en estos historiadores para efectos de nuestra investigación, subyacen al conservadurismo de tal escuela historiográfica. Veremos al nacionalismo como chilenidad, el ser chileno, por lo tanto, cuando abordemos el concepto de chilenidad y nacional tendrán la misma significancia.

² Esta contextualización es visible en la obra sobre la Historia de las Ideas en Hispanoamérica realizada por Abellán, José. L. 1972. *La Idea de América: origen y evolución*, Madrid, Ed. Istmo. (Primera edición). En ella, el autor busca establecer *qué es* y en qué consiste la América tanto anglo sajona como la hispanoamericana, con mayor énfasis en esta última. Abellán, a través de un enfoque historicista y dialéctico nos presenta un ensayo que revela la profunda unidad histórica existente entre España y América de la cual se puede revelar el “ser de América”. Además, este filósofo español, manifiesta este férreo interés por descifrar la Identidad de América a través de los distintos pensadores hispanoamericanos, abordando su desarrollo histórico, sus planteamientos y problemáticas actuales con el único fin de contribuir a “la unidad de los pueblos iberoamericanos indagando en su fondo cultural y moral que anida en todo el ámbito hispánico” (pp. 9-11).

respuesta ante las eventualidades del contexto en que la elaboraron. Como consecuencia, esta relación teórica-disciplinar, entre Sociología del Conocimiento e historiografía nos ayudaría a revelar las dimensiones socio-históricas de aquella época.

De este modo, tratamos de delimitar los aspectos teóricos y metodológicos de Mannheim que han sido criticados duramente a lo largo del tiempo, por lo tanto, es menester aclarar, que iremos adaptando algunos elementos y no la totalidad de su propuesta teórica disciplinaria. Esto se debe a que iremos adecuando los presupuestos que tiene este filósofo social alemán sobre la utopía conservadora con la categoría teórica de Larraín sobre la Identidad Chilena, específicamente con el enfoque esencialista que logra articular en un estudio histórico-estructural.

Entonces, como interrogante de investigación, nos preguntamos ¿Cómo refleja el postulado utópico conservador de Mannheim, de su sociología del conocimiento, el propósito de un grupo que pertenece a una historiografía conservadora en Chile durante el siglo XX (específicamente Edwards, Encina e Eyzaguirre) de instalar una utopía de interpretación social distorsionada del pasado en sus ensayos históricos de modo que se refleje una esencia de la identidad nacional chilena?

Desde un plano teórico reflexivo, Karl Mannheim, nos entrega una herramienta de estas características fundamental para emprender un análisis historiográfico de esta envergadura: el concepto de Utopía. Ésta, entendida en su dimensión conservadora, nos permite establecer, de manera consistente, nuestro tema de estudio que, a saber, sería el grupo de historiadores que forman parte de un pensamiento de esta corriente: Edwards, Encina e Eyzaguirre. Dentro de ese objeto de estudio estarían involucradas, concretamente sus obras ensayísticas políticas, económicas y culturales, respectivamente, desde las cuales se puede desprender un sentido histórico utópico e identitario. Por otro lado, en un plano empírico de análisis, consideramos a la historiografía como una construcción textual de conocimientos sobre el pasado humano, siendo, este nivel lingüístico, un lugar propicio desde el cual se pueden revelar nuevas problemáticas sobre temas y enfoques de la historia ya escrita. En síntesis, abordaremos ambos niveles de reflexión de tal forma que se nos abra camino a un análisis sociológico cognitivo, tanto teórica como empíricamente, de la historiografía conservadora chilena del siglo XX.

Conforme a lo anterior, nuestra hipótesis de trabajo es que, a través de la sociología del conocimiento de Mannheim se logra constatar su postulado utópico conservador en la historiografía chilena del siglo XX de aquella tendencia, específicamente desde los ensayos históricos políticos, económicos y culturales de Edwards, Encina e Eyzaguirre, respectivamente, encontrando un sistema de creencias utópico que revitaliza un orden social del pasado histórico en el presente como un lugar común en el que se busca contratarcar y transformar el orden social existente. De esta manera, y como resultado existencial de aquel intento de ruptura historiográfica, se refleja, además, una esencia de la Identidad Chilena (nacional) dentro del contexto socio-histórico de crisis y transformaciones que operan en esta sociedad durante el siglo XX.

En suma, si seguimos esta línea sociológica de análisis teórico-empírico de una corriente historiográfica, insistimos en que debemos entender a la historiografía como una *subdisciplina*³, que permite revelar una perspectiva o corriente histórica determinada de un grupo, de tal forma que logremos plantear un problema a través de lo que han escrito nuestros predecesores. Sin embargo, y como también señalamos más arriba, si llevamos la historiografía a un plano de reflexión empírica, es decir, tal como se la ha indicado usualmente, como el hecho de escribir la Historia⁴, vale decir, en su dimensión textual, la corriente conservadora chilena integrada por Edwards, Encina e Eyzaguirre, en su contexto histórico o lugar de producción, vemos que generan un tipo particular de conocimiento: el ensayo histórico. Este tipo de literatura, a través de dicho personajes, allanó el camino de la disciplina histórica chilena a lo largo del siglo XX como un medio de reconstrucción histórica personalista, intuitiva e interpretativa. Estas características del ensayo histórico nos llaman la atención debido a que vemos en ella un tipo de conocimiento funcional a la realidad en la que se circunscribe, generadora de miradas globales de nuestro devenir histórico nacional que intentó anteponeerse ante la literatura positivista- liberal que la precede y las visiones marxistas de la historia que, paralelamente al desarrollo del ensayismo conservador, encuentran su auge en el Chile del siglo XX. Creemos que en los ensayos históricos se revelan más claramente los elementos subjetivos y de contenido que se perfilan como unos instrumentos escritos que buscan controlar una realidad social y revelan nuestros componentes identitarios desde las épocas más remotas de nuestra historia.

Sobre corrientes historiográficas en Chile y la aplicación del concepto de Identidad en el campo historiográfico.

En lo que concierne al conocimiento disponible sobre estudios de la historiografía chilena desde una perspectiva teórico-empírica, las obras más recientes han resultado ser más bien una compilación de obras e historiadores que establecen categorías historiográficas tales como liberales, conservadoras, estructuralistas, posestructuralistas, entre otras. En dichos estudios no se incluye un análisis reflexivo del contenido de sus obras sino que, más bien, se realizan análisis sociales acerca de las distintas corrientes historiográficas. Cabe señalar que, en lo que respecta al área de la historiografía, no revisamos material bibliográfico referente a las técnicas ni metodologías de las distintas corrientes historiográficas chilenas, sino que realizamos un examen bibliográfico identificando aspectos *teóricos* y *empíricos* y, por qué no,

³ Término frecuentemente utilizado por Aurell, Jaume. 2008. *Las tendencias historiográficas del siglo XX*. Santiago de Chile, Editorial Itsmo, pp. 1-7.

⁴ En términos lingüísticos no nos apoyamos en la teoría formal de análisis propuesta por White, Hayden. 1992. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica; ya que lo importante en este estudio no es la forma textual que revele un imaginario histórico sino el contenido histórico desde el que se puede desprender, a través de un análisis reflexivo, visiones, intensiones y distorsiones históricas de una corriente historiográfica.

epistemológicos⁵, encontrando una variedad de obras que nos permitieron obtener resultados favorables afines, de algún modo, con nuestro objetivo.

En nuestra búsqueda de cómo y quiénes han delimitado las distintas corrientes historiográficas en Chile, específicamente en lo que concierne a nuestro tema, vale decir, a las categorías de grupo que se les han atribuido a los historiadores Edwards, Encina e Eyzaguirre, hemos podido rescatar lo que se ha entendido por corrientes, escuelas y pensamientos tanto desde los círculos de historiadores chilenos como de los filósofos que estudian a los historiadores en cuestión.

En la literatura relativa a la historiografía chilena, es Cristián Gazmuri, quien en dos tomos, realiza una recopilación y registro de publicaciones de toda índole referentes a nuestro pasado en *La historiografía chilena (1842-1970)*⁶. Este historiador, establece una serie de categorías historiográficas en donde se agrupan los distintos historiadores chilenos desde el siglo XIX hasta gran parte de la centuria siguiente.

Entre las corrientes historiográficas del siglo XX chileno, Gazmuri identifica la variante nacionalista, conservadora e hispanista, cuyo mayor ícono es Jaime Eyzaguirre. En esta vertiente historiográfica, Gazmuri menciona la figura de Encina y Edwards en la idealización de la visión de la época colonial y de los decenios pelucones de la Historia de Chile. Sin embargo, se trata de un estudio que agrupa y categoriza las distintas vertientes historiográficas sin entrar en mayores detalles acerca de las elaboraciones históricas propiamente tales ni teorías asociadas a las corrientes. Quien también sigue esta vertiente de categorización crítica de la historiografía chilena es Sergio Villalobos. En el Tomo I de *La historia del pueblo chileno*⁷, construye una mirada crítica de la historiografía chilena, definiendo sus tendencias y resaltando aspectos biográficos de los historiadores que lo preceden. Asume que Chile ha sido un país de historiadores, cuyos intérpretes del pasado nacional se han preocupado por conocer las épocas anteriores y establecer una narración del largo trayecto que ha recorrido el país en su devenir histórico. Villalobos, destaca los aportes de la corriente clásica-liberal y sus continuadores, en la que visualiza un movimiento historiográfico surgido en el siglo XIX que tuvo un marcado carácter liberal relacionado directamente con el creciente desarrollo de una burguesía, con un escepticismo religioso y ardor reformista que produjeron fuertes roces con la Iglesia y con los círculos conservadores. Luego, este autor hace referencia a nuestra escuela conservadora definiéndola como una corriente de “revisionismo aristocrático” bajo las figuras intelectuales de Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre. Una de las razones de la aparición de estos historiadores se explica como “una reacción frente a las nuevas tendencias

⁵ Consideramos estos dos aspectos de la propuesta metodológica de Barriga, Omar y Guillermo Henríquez. 2003. “La Presentación del objeto de estudio. Reflexiones desde la práctica docente”. *Cinta de Moebio*, FACS, Santiago de Chile, Mayo, pp. 1-8. En la revisión bibliográfica que comprende el proceso de búsqueda del objeto de estudio, estos docentes recomiendan seguir este modelo metodológico que posteriormente serviría para realizar una discusión bibliográfica de una investigación.

⁶ Gazmuri, Cristián. 2006. *La historiografía chilena (1842-1970). Las corrientes historiográficas chilenas entre 1920 y 1970, las influencias recibidas y otros aspectos*. Vol. 2, Santiago de Chile, Ed. Taurus.

⁷ Villalobos, Sergio. 1983. *Historia del pueblo chileno*, Tomo I, Santiago de Chile, Editorial Zigzag.

sociales y culturales de las primeras décadas del siglo⁸. Entonces, para enfrentarse a dicho contexto, rechazaron la historia liberal y buscaron, separadamente, valoraciones tradicionales en el pasado histórico.

A este grupo de historiadores, Villalobos los ha catalogado como revisionistas debido a que desdeñaban otros tipos de pensamientos y posiciones ideológicas emergentes en su época. Edwards y Encina eran partidarios de una devoción aristocrática y de los estadistas como Portales y Montt y ambos tuvieron una participación política activa a lo largo de sus carreras. Eyzaguirre, por su parte, mantenía una posición intelectual de carácter religioso e hispanista. Para Villalobos, estos autores sobrevaloraban la tradición y hacían girar la historia del país en torno a ella. Encina escribió una Historia de Chile dividida en 20 tomos (entre 1940 y 1952), alcanzando un gran éxito en su divulgación y comercialización. Eyzaguirre también creó su propia versión general de la historia de Chile. Estos tres historiadores conservadores, en la mayoría de sus obras, siguieron una lógica ensayista y un método intuitivo de representación histórica, lo que según Sergio Villalobos, tuvo como resultado una deformación de la historia nacional. En suma, el resultado de esta reflexión historiográfica que expone Villalobos, no revela detalladamente los factores teóricos y sociales de los grupos que analiza. Todas sus críticas y categorizaciones están en función del planteamiento de su “nueva historia” de carácter interpretativa y global, en otras palabras, desde un enfoque estructuralista. En síntesis, en lo que respecta a los denominados historiadores conservadores hemos podido apreciar que se han presentado referencias desde una perspectiva expositiva de los autores y sus obras sin mayor profundización del contexto histórico-social o lugar de producción.

En esta misma vertiente de análisis de corrientes historiográficas, Julio Pinto y María Luna Argudín⁹ realizan un análisis de la historiografía chilena del siglo XX en donde presentan las distintas escuelas y corrientes historiográficas de aquella época aunque, no dan mayor énfasis en cada una de ellas. Se trata, en el fondo, de presentar el panorama del quehacer histórico dentro del contexto social de los distintos historiadores. No se trata de un estudio que se aboca a un análisis teórico profundo de alguna tendencia o corriente historiográfica aunque, hacen referencia a nuestros historiadores en análisis aplicando una clasificación y periodificación de ellos. Julio Pinto plantea la categoría historiográfica de “Nacionalismo conservador (1900-1940)”¹⁰ en donde ubica a Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. Dentro de ese margen de tendencia menciona a Jaime Eyzaguirre como al que integró, a mediados del siglo XX, una perspectiva católica e hispanista. En el fondo, se trata, más bien, de una obra que brinda un balance de la historiografía elaborada a lo largo de aquella centuria y no se profundiza en los aspectos ideológicos, ni mucho menos utópicos, de las escuelas o corrientes que se analizan. En resumen, la atribución de grupo otorgadas por Gazmuri, Villalobos y Pinto es superficial y no

⁸ *Ibíd.*, p. 28.

⁹ Pinto, Vallejos, Julio y Argudín, María Luna (compiladores). 2006. *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX*, México, Azcapotzalco Universidad Autónoma Metropolitana.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 27-37.

profundizan en las bases teóricas, sociales ni epistemológicas de los distintos historiadores y las corrientes historiográficas en que los circunscriben.

Por otro lado, existen obras filosóficas relativas al pensamiento conservador individual de cada uno de los historiadores en discusión. El pensamiento político y social conservador de Alberto Edwards fue analizado por Renato Cristi en uno de los artículos de la revista *Estudios Públicos*¹¹; en él realiza un ensayo de reflexión epistemológica que fundamenta, filosóficamente, la evolución del pensamiento político de Edwards. En Guillermo Feliú Cruz, se puede observar un análisis similar de Francisco Antonio Encina y su labor como historiador en *Francisco Antonio Encina, historiador*¹² abocándose, desde un enfoque filosófico también, a relatar la infancia, el ambiente familiar, la vida política y la vocación histórica de aquél historiador chileno. Por último, el mismo Gazmuri, junto con Mariana Aylwin y Juan Carlos Gonzales, realizan un trabajo similar con la *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*¹³ estudiando su labor como historiador y el impacto de su pensamiento en la historiografía chilena.

Uno de los trabajos en donde se ha realizado un análisis de conjunto de las perspectivas de pensamiento de estos tres historiadores ha sido *El pensamiento conservador en Chile*¹⁴, obra filosófica realizada por Renato Cristi y Carlos Ruiz, en donde se postulan seis ensayos que revelan la homogeneidad de las ideas de estos autores en lo que respecta a sus esquemas conceptuales tales como continuidad histórica, autoridad y tradición, orden, legitimidad, nación y Estado nacional; aspectos característicos del desarrollo del pensamiento conservador en Chile en el siglo XX; se trata en el fondo de una obra que analiza las cuestiones epistemológicas y netamente ideológicas que subyacen en el pensamiento de cada uno de ellos.

Por último, en los trabajos sobre Sociología del conocimiento, concretamente sobre la temática de la utopía, no hemos encontrado alguno en donde se vincule este aspecto de esta disciplina sociológica con la historiografía chilena propiamente tal. Lo que hemos podido hallar sobre la Sociología del conocimiento, no han sido más que literatura teórica y crítica en torno a los postulados de Karl Mannheim¹⁵. Por lo visto, esta disciplina sociológica presenta serios problemas de aplicación empírica, pero, aun así, creemos que la historiografía puede dotarse teórica y metodológicamente a partir de ella.

¹¹ Cristi, Renato. 1991. "El pensamiento conservador de Alberto Edwards", en *Revista Estudios Públicos*, n° 44, Santiago de Chile, primavera, pp. 141-186.

¹² Feliú Cruz, Guillermo. 1967. *Francisco Antonio Encina, historiador*, Santiago de Chile, Editorial Nacimiento.

¹³ Gazmuri, Cristián, Mariana Aylwin y Juan Carlos Gonzales. 1977. *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Santiago de Chile, Aconcagua.

¹⁴ Cristi, Renato y Carlos Ruiz. 1992. *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria.

¹⁵ Dichos trabajos son los siguientes: Ricoeur, Paul. 2006. *Ideología y Utopía*. Barcelona, Gedisa; Horowitz, Irving, Louis. 1964. *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Tomo I, Buenos Aires, Argentina, EUBEA; Merton, K. Robert. *Teoría y Estructura Sociales*, tercera edición, traducción de Florentino M Torner y Rufina Borques, México, D.F. Fondo de Cultura Económica. La primera edición en inglés de esta obra data de 1949; Abercrombie, Nicholas. 1982. *Clase, estructura y conocimiento*, Barcelona, España, Ediciones península; Stark, Werner. 1963. *Sociología del Conocimiento. El pensamiento sociológico en la historia de las ideas*. Madrid, Eds. Morata; y David, Bloor. 1994. "El programa fuerte en la sociología del conocimiento", en Olivé, León (Compilador). *La explicación social del conocimiento*, México D.F. UNAM.

En lo tocante a la literatura relacionada al concepto de Identidad aplicado al área de la historiografía, identificando las variadas formas y usos teóricos que ha tenido. Los trabajos que hemos encontrado apuntan a reflexiones sobre la impronta de la historiografía en la construcción de identidades nacionales en otros países. En el caso de Chile, no encontramos estudios concretos acerca de una relación entre historiografía e identidad.

En lo tocante a las funciones de la historia en la construcción de identidades nacionales, a nivel extranjero, nos encontramos con una obra de Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob: *La verdad sobre la historia* (1998)¹⁶. En uno de sus capítulos, destinados a tratar a la Historia que inventa una nación, las autoras definen cómo el problema de la identidad nacional se refleja en las elaboraciones históricas en Estados Unidos. Aseveran que la imaginación social es fundamental en la construcción de una idea de nación, una característica propia de los norteamericanos por su vínculo racional y valórico con el concepto de “ciudadanía”. Otro aspecto abarcado en dicho capítulo, hace referencia a los historiadores que construyen un pasado en común, usando como imaginario historiográfico el vínculo que existe entre el nacionalismo democrático con el progreso social. En definitiva, se trata de un estudio reflexivo, que proviene desde los mismos profesionales de la historia, que busca dilucidar aquél cuestionamiento de la Historia como una elaboración de las glorias nacionales y su vínculo con los deseos gubernamentales por mantener viva una identidad unificada en Estados Unidos.

Otro estudio reciente relacionado al vínculo entre historiografía e identidad nacional, esta vez a nivel Latinoamericano, lo presenta Nicola Miller en un artículo sobre *La Historiografía del nacionalismo y de la Identidad nacional en América Latina*¹⁷. Se trata de una reseña del estado actual de la investigación sobre el nacionalismo en América Latina, específicamente en los numerosos trabajos producidos desde la década de 1990 en distintas ramas del saber humano: historia, ciencias sociales y estudios culturales. Durante aquella década el interés sobre el nacionalismo presentó un vuelco hacia la construcción de identidades nacionales a partir de la revisión acerca de la construcción del Estado-nación investigándose “otras formas narrativas de nación: ensayos, cuentos, artículos periodísticos y poesía”¹⁸. En el caso chileno, Miller señala que las producciones históricas acerca de la construcción del Estado-nación y la identidad nacional, siempre apuntaron al escenario temprano de estabilidad que se remonta desde 1830. Sin embargo, destaca que en la actualidad, nuestro país comenzó a generar literatura asociada con la memoria y la conmemoración, especialmente por la experiencia de las violaciones a los derechos humanos cometidas por el régimen militar (experiencia compartida con Argentina, Uruguay, El Salvador y Guatemala). Además, menciona que, en la mayoría de los países latinoamericanos las versiones oficiales -aprobadas por el Estado- de la historia nacional, se han

¹⁶ Appleby, Joyce, Lynn, Hunt y Margaret Jacob. 1998. *La verdad sobre la Historia*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.

¹⁷ Miller, Nicola. 2010. “La historiografía del Nacionalismo y de la Identidad Nacional en América Latina”, en *BICENTENARIO, Revista de Historia de Chile y América*. Centro de Estudios Bicentenario, Universidad Andrés Bello; N°2, vol. 9, Santiago de Chile, pp. 5-28.

¹⁸ *Ibid.*, p. 13.

centrado en “los rituales nacionales, las ceremonias y los mitos cívicos, las banderas, los himnos, las monedas, los sellos, las estatuas, los museos, las exposiciones, los monumentos y la arquitectura pública”¹⁹. En resumen, el diagnóstico de Miller en torno al tratamiento del tema del nacionalismo y la identidad nacional en la región, es que, en general, dichos tópicos investigativos no han recibido la atención que se merecen. En el fondo, es un trabajo evaluativo y centra sus miradas en el tratamiento y los subtemas sobre el nacionalismo y la identidad en el ámbito historiográfico sin ahondar en sus bases teóricas.

En el caso de la Identidad en Chile, encontramos en la obra de Jorge Larraín, *La identidad Chilena* (2001) un estudio que, abordado desde la sociología, intenta representar la construcción histórico-social de nuestra identidad chilena relacionando la construcción de la identidad en las distintas crisis a las que ha respondido su reconfiguración, ya sea narrativa y discursiva como pública y privada. En resumen, desde la perspectiva sociológica de Larraín, se puede apreciar un panorama incluso actual del término de identidad, y es el estudio más afín con la historiografía chilena, aunque no se mencionan las bases teóricas y sociales específicas de los historiadores ni escuelas de pensamientos que aplica en su enfoque sociológico²⁰. Por otro lado, quien realiza una reflexión historiográfica planteando una problemática identitaria, en un nivel temático, es Fernando Venegas. Este historiador elabora un artículo planteando “Una mirada a las reflexiones sobre los mestizos y el mestizaje”²¹, en donde nos presenta un vasto estado de la cuestión en lo que respecta a la literatura realizada en torno a cómo han sido historiados en Chile el mestizo, el mestizaje y las identidades. Venegas llega a la conclusión de que al mestizo se lo ha confinado en la época colonial, dado el carácter marginal que asumió este sujeto desde el momento que sucedió la síntesis racial y cultural del contacto hispano-indígena. El artículo de este profesor, si bien plantea un tema y sujetos específicos de análisis sobre la identidad, refleja un ejercicio global a partir de un ejemplo microhistórico que, en el fondo, apunta a la forma en que la historiografía chilena genera, margina y distorsiona conocimientos acerca de los sujetos sociales que forman parte de una identidad nacional.

La Sociología del Conocimiento de Karl Mannheim. Hacia una propuesta de análisis historiográfico desde una disciplina teórico-metodológica.

La Sociología del Conocimiento propuesta por Karl Mannheim en su obra *Ideología y Utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*²² es fundamental para nuestro objeto de estudio ya que nos otorga dirección teórica y metodológica a nuestra investigación historiográfica. El estudio de Mannheim apunta a la forma en que la ideología y la utopía estructuran la vida de la

¹⁹ *Ibid.*, pp. 23-24.

²⁰ Larraín, Jorge. 2001. *La identidad chilena*, 1° Ed. Santiago de Chile, Lom ediciones.

²¹ Venegas, Fernando. 2012. “Una mirada a las reflexiones sobre los mestizos y los mestizajes”, pp. 169-209, en Bancalari, Alejandro, Mauricio Rojas, Mario Valdés y José Manuel Ventura (editores). 2012. *Concepción y el Bicentenario. Miradas a su historia republicana*, Concepción Chile, Editorial Universidad de Concepción.

²² Mannheim, Karl. 1987. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.

sociedad, manifestándose a favor de las creencias subjetivas que, para él, constituyen el conocimiento, oponiéndose de este modo al conocimiento obtenido mediante la verificación objetiva por la experiencia humana.

En síntesis, las bases de la Sociología del conocimiento de Mannheim adquieren un carácter ecléctico y es, por lo tanto, una ventaja y desventaja al momento de utilizar su propuesta disciplinaria ya que, por un lado, nos entrega una versatilidad teórica para un análisis social pero, por otro lado, los distintos criterios teóricos adoptados muchas veces presentan contradicciones entre sí y han llevado a los críticos de Mannheim a desconfiar de su propuesta sociológica.

Entonces ¿Cuáles son las razones por la cual queremos adoptar la Sociología del conocimiento de Mannheim para aplicarlo a un análisis historiográfico? La respuesta a esta interrogante se puede subdividir en las siguientes afirmaciones: a) La Sociología del conocimiento de Mannheim busca resolver el problema de los orígenes sociales de las formas de pensamiento. Dicho orígenes se revelan dentro del marco de una situación histórico social concreta; b) la búsqueda de esas formas de pensamiento no se realizan de modo individualmente diferenciado sino, más bien, apunta al pensamiento de grupo que desarrollan un estilo particular de pensamiento; c) los grupos que se determinan socialmente, tienen como objeto cambiar o mantener una realidad circundante, es decir, establecen visiones de mundo a partir de su propia realidad concreta cuyo resultado revela distorsiones de esa realidad bajo las categorías de ideologías (mantener un orden social) y utopías (cambiar un orden social); d) dicho objeto de grupos involucra valores, impulsos e intereses, que los llevan a crear conocimientos que interpretan el mundo.

En síntesis, estas afirmaciones provienen de la rama teórica de la sociología del conocimiento que propone Mannheim que busca revelar la relación entre conocimiento y existencia social, mientras que el aspecto metodológico busca vislumbrar las formas de esta relación en el desarrollo social de los grupos. Estas etapas, permiten realizar una investigación histórico-sociológica debido a que nos acercan teórica y empíricamente, a través de la invención de tipos ideales, a las visiones de mundo que están implícitas en los tipos de pensamientos de los diferentes estratos sociales (clases sociales, generaciones, sectas, partidos, camarillas, escuelas de pensamiento).

Ya acercándonos a nuestro objeto, la Sociología del Conocimiento propuesta por Mannheim, nos entrega un elemento teórico-conceptual clave aplicable a la historiografía conservadora chilena: el concepto de utopía. La identificación del tipo de conocimiento es vital para ir desprendiendo de él los pensamientos singulares hasta llegar a los generales, en donde éste último pensamiento, atribuido y desarrollado por un grupo de intelectuales, permite desprender la situación social en la que se desprende un sistema de creencias (ideología o utopía) a partir del conocimiento que elaboran.

Desde nuestra perspectiva, los ensayos históricos de Edwards, Encina e Eyzaguirre, corresponden al tipo de conocimiento que encarna un sistema de creencia utópica. No

obstante, es preciso señalar por qué aquella potencial distorsión del tipo de conocimiento ensayístico no es ideológica.

Según Mannheim los tipos de conocimientos y sus distorsiones, abren la brecha empírica para determinar el lugar de donde surgen los problemas, conceptos y formas de pensamiento de un grupo social específico. En el fondo, estos grupos sociales tienen como tarea especial proveer a su respectiva sociedad de una interpretación del mundo que, en el caso de la ideología, entendida como las ideas o sistema de creencias, busca mantener el orden de una realidad o situación y, por el contrario, las utopías, a diferencia de las ideologías, buscan trascender una situación. Pero lo que diferencia aún más la una de la otra es que las ideologías nunca logran realizar su contenido virtual, mientras que las utopías buscan transformar una realidad histórica existente.

Sin embargo, una de aquellas críticas relativistas de la postura teórica de esta disciplina sociológica, que consideramos fundamental mencionar ahora, es la realizada por Berger y Luckmann, cuando hacen referencia al problema actual de la sociología del conocimiento en su introducción de *La Construcción social de la realidad*²³. Para ellos, la tarea principal de la sociología del conocimiento no es desentrañar las distorsiones ideológicas o utópicas que producen socialmente los grupos intelectuales, sino que debe revelar las condiciones sociales del conocimiento en cuanto tal. Es decir, se prestaría atención, a todo lo que se considere conocimiento en la sociedad en su cotidianeidad (sentido común). De este modo, la sociología del conocimiento se ocuparía de la *construcción social* de la realidad.

En nuestro estudio, al intentar encontrar un pensamiento utópico en la historiografía conservadora chilena que revele, a partir del relato del ensayo histórico, una composición esencialista de la identidad nacional, nos encontramos con una búsqueda que tiene directa relación con lo que sería el “sentido común”: de *lo que ha sido siempre* nuestra sociedad chilena. Pero, a diferencia de Berger y Luckmann, lo que buscamos es encontrar dicho fenómeno desde el *interior* de un grupo socialmente situado hacia el *exterior* histórico-social tal como lo postula Mannheim.

No obstante, y como hemos mencionado más arriba, la sociología del conocimiento de Mannheim, ha sido constantemente cuestionada debido a la ausencia de análisis reales de esta disciplina. En tal caso, los problemas específicos que hemos podido desentrañar desde las complejidades teóricas de la sociología del conocimiento de Mannheim son las siguientes: realidad, verdad, relativismo, relacionismo, tipo de conocimiento y vínculo existencial.

En el primer caso, el de la búsqueda intelectual por establecer un sistema de creencias que buscan una mantención (ideología) o un cambio (utopía) del orden social existente lleva al problema de su congruencia con la *realidad social* en la que se instalan. Abercrombie²⁴, señala

²³ Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (comp.). 2008. *Construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.

²⁴ Abercrombie, Nicholas. 1982. *Clase, estructura y conocimiento*. Este trabajo presenta una visión neomarxista de los alcances teóricos de la sociología del conocimiento, confrontando y corrigiendo lo que el autor denomina la “posición convencional” en la sociología del conocimiento que proviene de Marx y es reformulada posteriormente por

los problemas interpretativos y la falta de consistencia teórica de los presupuestos de Mannheim al respecto. La obra *Ideología y utopía* de Mannheim, según este autor, presenta serios problemas de coherencia debido a que constituye una serie de tres ensayos realizados en distintas épocas y que a menudo se revelan opiniones distintas. No obstante, reconoce que el problema de la realidad de Mannheim tiene una justificación epistemológica ya que la ideología y la utopía “son dos sistemas de creencias incoherentes con la realidad, y como tales contrastan con las ideas coherentes con la situación real, que, por desgracia, son demasiado raras”²⁵. Así, el rasgo distintivo de las utopías es que no buscan estabilizar una realidad, sino que buscan trascenderla y no necesariamente debe haber un criterio de congruencia o de reflejo estricto con la realidad y con el grupo desde la cual emana. En el fondo, esto se puede afirmar si consideramos que la carga valórica que poseen las distintas visiones de mundo de los grupos humanos que generan conocimientos siguen la lógica que Merton visualiza en la obra de Mannheim, a saber, de “rickert-weberiano de *Wertbeziehung* [valorar las relaciones] (que sostiene que los valores son relevantes para la formulación del problema científico y la elección de materiales, pero son irrelevantes para la validez de los resultados)”²⁶.

En virtud de lo anterior, el problema de la realidad lleva intrínseco el problema de la *verdad o validez de las ideas*. Una solución a este dilema, lo propone Stark²⁷ cuando se refiere a las consecuencias de la sociología del conocimiento. En uno de sus capítulos, este autor nos dice que:

“A la sociología del conocimiento le concierne en primer lugar el origen de las ideas, y no su validez. Intenta comprender por qué los hombres han pensado y como lo han hecho, no comprobar si lo que han pensado era la verdad”²⁸

Entonces, lo que se busca a través de la sociología del conocimiento, en realidad, no es una verdad absoluta sino más bien a una *verdad aproximada*. Esta afirmación nos lleva al problema del *relativismo* que, en una primera ocasión, Mannheim le intenta dar solución señalando que

Mannheim. A su vez, Abercrombie intenta indagar el sometimiento de aquella posición convencional al campo de estudio de la fenomenología, a partir de la obra de Schütz y sus seguidores. Por otro lado, en esta obra se reconoce la ausencia de análisis reales en el campo de la sociología del conocimiento quedando, gracias a esa falta de análisis empíricos, aislada teóricamente entre los distintos campos del saber. En consecuencia, el autor intenta corregir esta dicho aislamiento teórico-empírico, proponiendo una confrontación de la sociología del conocimiento con la teoría marxista de la ideología por un lado y, con la fenomenología por el otro. Finalmente, los aspectos críticos de Abercrombie sobre la postura de Mannheim, nos llevan a entender de forma sintetizada los ejes fundamentales de su sociología del conocimiento, especialmente en lo que concierne al relativismo, relacionismo y el pensamiento conservador.

²⁵ *Ibíd.*, p. 71

²⁶ Merton, Robert. 1992. *Teoría y Estructura Sociales*, p. 591.

²⁷ Stark, Werner. 1963. *Sociología del conocimiento: el pensamiento sociológico en la historia de las ideas* Si bien su elaboración no es reciente, desde esta obra se puede ver una introducción al campo del saber de la Sociología del conocimiento, desde una perspectiva epistemológica, que apunta a establecer una teoría pura de la determinación social del pensamiento o bien una teoría social del conocimiento. Por lo tanto lo que busca este autor es distinguir por separado a la determinación social y la tergiversación ideológica del pensamiento. Esta obra hace un recorrido socio-filosófico respecto a la sociología del conocimiento llegando incluso, a las consecuencias positivas, descriptivas e históricas de esta disciplina y al problema de la verdad.

²⁸ *Ibíd.*, p. 219

toda creencia o producto cultural, vale decir, desde doctrinas políticas hasta estilos artísticos, son susceptibles de análisis sociológico, quedando, las creencias matemáticas, lógicas y científico-naturales, exentas de un análisis social²⁹. Este supuesto es clave para nuestro análisis en el campo historiográfico ya que, claramente, se integra un ejercicio interpretativo bajo la óptica de las ciencias humanas. Sin embargo, la relatividad es un dilema epistemológico que no debemos pasar por inadvertido y amerita mayor atención. Por lo tanto, la solución de Mannheim a este problema, esta vez más concreta, es el *Relacionismo*. Esta propuesta de Mannheim se puede resumir de la siguiente manera. En primer lugar; el conocimiento está *relacionado* con la realidad del grupo social o tiene en ésta su origen. Al momento de analizar un sistema de creencias, ya sea ideológico o utópico, existe un *criterio retroactivo* por parte del investigador o sociólogo; es decir, una vez que es elaborado un conocimiento distorsionado en un tiempo pasado es posible ubicarlo histórica y socialmente y relacionarlo con otros pensamientos que los antecedan y/o trasciendan. En segundo lugar, los juicios de los grupos intelectuales son distorsionados por sus valores e intereses. Como consecuencia, la validez de las proposiciones no se averigua ya mediante el análisis de la sociología del conocimiento, sino mediante la investigación directa del objeto. Ésta argumentación del “relacionismo” nos lleva a un problema teórico-empírico: el del tipo de conocimiento. Es un problema teórico en la medida en que Mannheim cataloga el *tipo de conocimiento como sinónimo de tipo de pensamiento*³⁰. En nuestro caso, atribuiremos como tipo de conocimiento al ensayo histórico.

En cuanto al tipo de pensamiento, lo relegamos al resultado valórico del contenido de los textos históricos dada la condición de distorsión utópica que le atribuiremos. Si bien, pareciera que esta delimitación es deliberada, la justificamos siguiendo las reflexiones epistemológicas que señala Merton ante esta confusión. Este autor reconoce que Mannheim no trata concretamente una diferenciación entre conocimiento (positivo, empírico) y pensamiento de grupo específicamente, ni siquiera con mayor amplitud en ninguno de sus escritos. En el fondo, lo que nos da a entender Merton es que Mannheim da mayor énfasis al *vínculo existencial* del conocimiento-pensamiento sin precisar una diferenciación empírica entre ambos, como lo planteamos nosotros: el ensayo histórico y corriente historiográfica conservadora. Creemos que a través del análisis directo de este objeto textual-literario, encontraremos los elementos subjetivos que aclaren un tipo de pensamiento como un sistema de creencias (utópica)

²⁹ Sin embargo, cabe añadir que, a esta delimitación del tipo de conocimiento susceptible a análisis social que afirma Mannheim, David Bloor, plantea que existe un “programa fuerte en la Sociología del conocimiento”, destacando que el conocimiento científico es susceptible a análisis a través de la disciplina de la Sociología del conocimiento. Esto lleva a considerar a la sociología del conocimiento no tan solo como una disciplina que investiga las bases sociales de los sistemas de creencias humanos sino que también el conocimiento existencialmente ubicado de las ciencias naturales. El resultado de este estudio también resulta ser una propuesta teórica sobre la sociología del conocimiento, proponiendo ejemplos de los alcances empíricos que podrían surgir a partir del “programa fuerte” que propone el autor. Ver más en David Bloor. 1994. “El programa fuerte en la sociología del conocimiento”, en Olivé, León (Compilador), *La explicación social del conocimiento*, pp. 39-65.

³⁰ Para efectos de nuestro estudio, pensamiento y mentalidad corresponden al mismo significado. No obstante, para no caer en confusiones, utilizaremos frecuentemente la categoría de Pensamiento.

impregnada de valores e intereses. En efecto, la dimensión existencial que determina dicho pensamiento, también se encontraría en el objeto empírico del texto histórico en cuestión y, dado el criterio retroactivo (ver desde nuestro presente, la elaboración de un relato sobre el pasado histórico de una sociedad, de tal modo que nos permita atribuir una categoría de pensamiento a una corriente historiográfica) del relacionismo, la *congruencia* entre el conocimiento y la realidad de un grupo, amerita un ejercicio interpretativo-reflexivo³¹ ateniéndonos al relato, los sujetos, y su contexto. Conforme a esto, la determinación del tipo de pensamiento de estos grupos se enriquece a partir del análisis directo de un objeto empírico que ellos mismos elaboran.

La categoría de utopía conservadora de Mannheim y su vínculo con el esencialismo de la Identidad de Larraín.

Una vez aclaradas las dificultades que presenta la propuesta de Mannheim, en esta oportunidad profundizaremos en el concepto de utopía, hasta su categorización como pensamiento conservador³². Para tal finalidad, adoptamos la exégesis que realiza Paul Ricoeur de Mannheim en su compilación de *Ideología y Utopía*³³ sobre la tercera forma de la mentalidad utópica: la idea conservadora: esta categoría, según Ricoeur, fue elaborada por

³¹ Cabe añadir que, en el trascurso de esta investigación y dado el carácter existencial que asume la interpretación de textos, asumimos que se podría aplicar como recurso de análisis la vía larga de Paul Ricoeur, con su triple mimesis. Sin embargo, no le daremos cabida debido a que hemos querido dar preferencia y revitalización a los planteamientos metodológicos de Mannheim para un análisis sociológico del conocimiento. Si bien, la hermenéutica de Ricoeur, puede darnos un mayor horizonte de análisis en términos existenciales, especialmente cuando se trata de establecer conexiones de temporalidad, narratividad y sujetos sociales, nos atreveremos a buscar resultados fenomenológicos a partir de lo que nos plantea Mannheim con su atribución sociológica que ya hemos señalado más arriba.

³² Antes de avanzar en la forma utópica que asume el conservadurismo, es necesario delimitar concretamente lo que entenderemos por *conservadores*, *conservantismo* y *conservadurismo*. De partida, asumimos a estos tres términos como sinónimos que ocuparemos a lo largo de la investigación. Sin embargo, rescatamos las observaciones que realiza Nicholas Abercrombie respecto al conservadurismo, en *Clase estructura y Conocimiento*, pp. 108-111. En un apartado de este libro, y siguiendo en su línea crítica hacia Mannheim, nos señala la complejidad de aquella categoría de grupo social. Dice que el pensamiento conservador no deben entenderse como “los principios que sostienen la práctica del partido conservador, ni el sentido común habitual o el pensamiento tradicional” (p. 109). Los teóricos conservadores frecuentemente repudian los intentos de definir el conservadurismo, ya que no lo catalogan como una doctrina propiamente tal. En consecuencia, este tipo de categoría ha sido más bien asignada por sus predecesores antagonistas debido al contexto histórico en que surgen sus ideas fuerzas. Usualmente se cree que este tipo de pensamiento realiza un diagnóstico pesimista de la sociedad en la que son partícipes. Según Abercrombie, para los conservadores la sociedad capitalista, “tiene ciertos defectos mutuamente relacionados. El principal de ellos es la anarquía y el desorden de las relaciones sociales. En segundo lugar está la concepción de la sociedad como sociedad de masas, donde las personas son como átomos”. (p. 109). Entonces, la solución que proponen estos grupos, es restaurar las virtudes conservadoras por medio de una planificación social que remedie las falencias sociales que propicia el sistema capitalista. Por lo tanto, no existe ningún conservadurismo que se acerque a la perfección como un “tipo ideal construido”. Los conservadores y el conservadurismo “están metidos en una lucha con otras fuerzas sociales, y la forma de esta lucha habrá de determinar en parte qué es lo que se dice y se cree” (p. 110). En el contexto del Chile del siglo XX tal es la situación de los conservadores, de modo que, en función de nuestros objetivos de investigación, realizaremos una atribución específica según el resultado empírico de la adecuación de la historiografía de Edwards, Encina e Eyzaguirre a la categoría utópica conservadora de Mannheim y, además entenderemos a este modo de pensamiento en relación con un conjunto concreto de circunstancias, es decir, en su contexto socio-histórico.

³³ Ricoeur, Paul. 2006. *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa.

Mannheim, partiendo del supuesto de utopía como una tendencia reconocida como género literario declarado, lo que no sucede con la ideología. Según Ricoeur, esta dimensión literaria de la utopía no sólo es declarada sino que, también, es escrita, es decir, forma parte de una estrategia de los grupos que aspira “a persuadir al lector por los medios retóricos de la ficción”³⁴. Dicha ficción sería una variación imaginativa cuyos enunciados el lector las acepta por un momento, incluso aceptándola como una hipótesis digna de credibilidad.

La utopía, como concepto constitutivo de un tipo de pensamiento conservador, es un sistema de creencias que conforma una realidad existente, es decir, actúa frente a un presente concreto, como un proyecto que busca trascender dentro de la realidad y grupo histórico-social del que emana³⁵. Ricoeur reflexiona acerca del orden que le otorga Mannheim a la utopía conservadora entre las otras utopías preestablecidas, llegando a la conclusión de que existe un lazo con Hegel, “porque el tipo conservador de Mannheim viene después del liberal, exactamente como en Hegel. Después de la Ilustración llegan la hermosa alma y la pena por el pasado”³⁶. Esta afirmación concuerda con el momento histórico en que se ubican nuestros historiadores chilenos conservadores. De este modo, Mannheim valora la forma en cómo los conservadores contienen un irracionalismo funcional al intentar justificar todo cuanto existe. Contrariamente, los liberales humanitarios, dentro de sus elementos utópicos consideran la idea de progreso como una transformación continua que renuncia u oscurece su pasado y, al igual que la mentalidad socialista, se aferran con ahínco al reino de la libertad y de la igualdad como componentes fundamentales de su proyecto en un remoto futuro. Entonces, podemos reafirmar la idea conservadora de Mannheim en que los conservadores glorifican el pasado aplicando una explicación adecuada a tal sentido en un desarrollo histórico. En tal apreciación, la experiencia conservadora se sumerge en la búsqueda insistente de un espíritu, dotando esta unicidad del pasado a los acontecimientos presentes y, claramente, trascendiendo hacia un futuro.

A principios del siglo XX en Chile, existía lo que se ha denominado una “crisis del genuino pueblo” en donde se produjeron movimientos sociales que comenzaron a adoptar un molde socialista-comunista para enfrentarse a los problemas que afectaban a la clase proletaria. La pérdida de aquel sentido de alma nacional fue identificada por un grupo intelectual conservador que, frente a la impotencia de los problemas políticos y sociales que azotaban a nuestro país, comenzaron a revisar y reinterpretar la historia de Chile dotando a aquella “alma nacional” de valores e intereses conservadores.

³⁴ *Ibíd.*, p. 290.

³⁵ Siguiendo la lógica de este apartado, Ricoeur, en resumen, identifica en Mannheim tres criterios metodológicos: “1) La utopía como concepto estructurado; b) su correlación con un estrato social correspondiente; y c) el deseo dominante” (294); que se asemejan a los tipos ideales de Max Weber pero, que difiere en un aspecto fundamental: La idea de antinomia o antagonismo entre las utopías. Entonces las tipologías que definen a las utopías se van configurando en la medida en que se oponen entre sí dentro de un contexto histórico específico.

³⁶ Ricoeur, Paul. 2006. *ideología y utopía*, p. 298.

Esta última afirmación, nos lleva a la segunda categoría teórica en nuestro estudio: la concepción esencialista proveniente de la sociología de la Identidad que postula Jorge Larraín³⁷. Este autor, en su obra *La identidad Chilena* postula que la identidad está “en permanente construcción y reconstrucción dentro de nuevos contextos y situaciones históricas”³⁸. Según esto, y dentro del horizonte teórico planteado por este autor, la identidad resulta ser un proyecto simbólico que se puede materializar en un discurso o narrativa que construye una auto imagen cultural, material y *social* bajo tres categorías: colectivas, posesiones y con respecto a “otros”³⁹. En el fondo, lo que rescatamos de esta construcción, es su versión pública, la cual apunta a un interés por la conformación de una Identidad nacional única.⁴⁰

La razón principal por la que hemos dado énfasis a dicha perspectiva de análisis identitario es porque el Esencialismo, según Larraín responde a “la inquietud humana, individual y colectiva, por la esencia de su alma en cuanto al sentimiento de pertenencia a un lugar junto con los rasgos distintivos que los definen ante otros grupos humanos”⁴¹; afirmación que favorablemente se adecúa con el planteamiento utópico conservador mencionado más arriba, en donde se busca un rescate de los rasgos originarios que nos definen como grupo humano en un lugar determinado, de tal manera que se manifieste *lo que siempre hemos sido*. Entonces, en el fondo, el esencialismo piensa la identidad como un hecho acabado, constituido en el pasado, inmutable, de una vez para siempre. En efecto, establecemos que, para los conservadores, la

³⁷ Antes de someternos a dicha visión propuesta por este autor, creemos que es pertinente hacer referencia a la definición cotidiana de la Identidad que nos entrega la RAE: como el “conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás” <http://lema.rae.es/drae/?val=identidad> 08/12/2013 (16:55 hrs)

³⁸ Larraín, Jorge. 2001. *La identidad chilena*, p. 15.

³⁹ Para aclarar esta definición, nos parece pertinente mencionar a Canclini y Castells, autores que, en sus respectivos estudios culturales y sociales añaden, la temática de las identidades. El primero, asume que la Identidad es una construcción que se realiza a partir de un relato. Claramente, los tipos de identidades son colectivos y para graficarlas se debe acercar a sus puestas en escena a través de materiales susceptibles de investigación empírica sin necesariamente olvidar el carácter social e histórico que asumen. En el fondo, este autor asume que al momento de considerar las Identidades como objeto de estudio en una investigación social debe combinarse la especulación teórica con el trabajo de campo empírico. Por su parte, Castells establece una categoría para los distintos tipos de identidades: a) Identidades legitimadas; b) identidades de resistencia; e c) Identidades de proyecto. Ésta última consistiría en el establecimiento de tipos ideales de identidad como, por ejemplo, el proyecto ético de ciudadanía internacional. Ver: García Canclini, Néstor. 2001. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Argentina, Paidós; Castells, Manuel. 2000. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Vol 2. México D.F. Ed. Siglo XXI.

⁴⁰ Cabe mencionar que, es el mismo Larraín quien establece una tipología propia de la concepción teórica del esencialismo de la Identidad nacional, ubicándola como un extremo respecto al constructivismo. Éste último recurso teórico, se caracteriza por ser un discurso sobre una nación “construido” “desde arriba”, en la esfera pública, descuidando las formas discursivas y prácticas populares y privadas (p. 15). La solución de Larraín ante tal tensión teórica, aplica una tercera concepción teórica, la histórico-estructural, estableciendo un equilibrio entre los dos extremos anteriores. De este modo, se piensa a la identidad cultural como algo que está en permanente construcción y reconstrucción dentro de distintos contextos y situaciones históricas. Así, se consideran los elementos dinámicos del polo público y privado dentro de la conformación proceso discursivo de la Identidad chilena en el proceso de la Modernidad.

⁴¹ Larraín, Jorge. 2001. *La identidad chilena*, p. 15.

Identidad nacional o chilena, sería el producto existencial final de un relato, de un grupo, y su contexto histórico.

Nuestra propuesta teórico-empírica. Un vínculo entre Sociología del conocimiento, utopía conservadora, historiografía e Identidad: “el orden social del pasado.”

Desde la propuesta para un análisis historiográfico a partir de los presupuestos teóricos metodológicos de la Sociología del conocimiento de Mannheim, afirmamos que, esta disciplina sociológica, nos abre la brecha para encontrar un pensamiento utópico en la historiografía conservadora chilena en la que se agrupa Edwards, Encina e Eyzaguirre que, a su vez, se afina con un residuo existencial esencialista de la Identidad chilena. La forma en que dicha disciplina nos permite establecer este vínculo, es a partir de los ensayos políticos, económicos y culturales respectivamente, los cuales son tipos de conocimientos distorsionados o sistemas de creencias, que determinan el lugar de donde surgen los problemas, conceptos y formas de pensamiento de un grupo social específico.

En el fondo, el conservadurismo de Edwards, Encina e Eyzaguirre busca mantener su condición social de grupo conservador ante la amenaza del pensamiento liberal y socialista-comunista, usando como estrategia un tipo de relato a modo de ensayo, del pasado histórico, que funcionaría como una utopía que expresa un deseo conservador de traer al presente aquél orden tradicional como un contrataque ante aquellas tendencias antagónicas y, a la vez, ilustrar la unicidad del alma social de un país en crisis. Así, desde esta historiografía se busca, además, reforzar y reconfigurar el *ser de la nación* hacia un futuro en donde debe mantenerse aquel orden social del pasado esencial de *lo que hemos sido-somos-y seguiremos siendo*.

Esta síntesis, nos lleva necesariamente a formular una categoría que articule la utopía conservadora, identidad esencialista y contexto socio-histórico dentro de la historiografía conservadora. Para tal efecto, afirmamos que son los ensayos históricos de estos autores que funcionarían como el vehículo empírico de un análisis sociológico de la historiografía conservadora de Edwards, Encina e Eyzaguirre. El ensayo es un escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar un aparato erudito que integre herramientas científico-sociales de análisis⁴². A fin de cuentas, como propuesta empírica de análisis de dichos ensayos, planteamos como *tipo ideal*⁴³ común al “orden social del pasado” que vendría a ser la

⁴² Cabe señalar que, Encina, integra como herramientas de análisis, ciertos elementos teóricos que provienen de la psicología y la sociología, pero su uso sufre una tergiversación subjetiva propia de una elaboración ensayística global que consideraremos y justificaremos en el desarrollo de nuestro estudio.

⁴³ En nuestro caso, utilizaremos esta herramienta científico-social para construir una categoría que permita un análisis que vincule los elementos textuales de los ensayos históricos con la categoría de utopía conservadora. Sin embargo, creemos que es necesario definir aquí la definición de tal método de análisis empírico según la configuración de Max Weber en un capítulo que trata de los conceptos sociológicos fundamentales en Weber, Max. 1974. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica. Este sociólogo alemán nos dice que la sociología construye conceptos-tipos buscando una “adecuación de sentido” la cual se puede alcanzar plenamente mediante conceptos y reglas racionales (con arreglo a valores o arreglo a fines). Este tipo de búsqueda, según Weber, no sólo busca establecer conceptos-tipos a fenómenos racionales sino que, también se pueden aplicar a fenómenos irracionales. Así, sigue Weber, “En todos los casos, racionales como irracionales, se

categoría común en la que se pueden englobar dichos ensayos históricos y a los historiadores conservadores. Entonces, dicha noción la entenderemos historiográficamente, es decir, en su forma narrativa de un “proceso global” que involucra el pasado colonial y republicano, incluyendo las distintas etapas que van definiendo nuestros historiadores en cuestión. No obstante, se considerará esta categoría dentro de las etapas de la historia de Chile que, desde una perspectiva política⁴⁴, económica⁴⁵ y cultural⁴⁶, revivifican Edwards, Encina e Eyzaguirre respectivamente. Pero antes, creemos que es necesario redundar en lo que entenderemos por concepto de “orden” y “social”, con el fin de darles, en conjunto, un sentido categórico sustantivo de interpretación. El orden, lo consideramos como un orden establecido y natural, que responde, claramente, a una dimensión espiritual de los escritos ensayísticos. Así, utópicamente, nuestros conservadores buscan mantener y proyectar dentro de un esquema narrativo un pasado inmutable de una sociedad. De este modo, lo “social”, se afina con el orden en la medida en que entendamos este último término como un sentido común de análisis de los historiadores dentro del marco de lo “nacional”. En esta visión nacional de la sociedad, los sujetos sociales se hallan inmersos en una unicidad histórica como un “pueblo”. Sin embargo, para acercarnos a esta visión común de sociedad, es necesario considerar, en primera instancia, las estructuras particulares desde las cuales los conservadores plantean aquella unicidad social. Dichas estructuras, serían la perspectiva política, económica y cultural que asumen individualmente los historiadores conservadores.

Entonces para llegar a la categoría interpretativa del “orden social del pasado” de los procesos históricos, se irá aplicando diferencialmente las perspectivas que cada autor asume en los ensayos a modos de *tipos ideales diferenciales empíricos*. En Edwards, podemos ver que, desde su perspectiva política, plantea un orden social que se centra en una explicación histórica a partir de un *orden político-jurídico*. En Encina, veremos que ese mismo orden social del pasado se afina a un *orden económico* y, finalmente, en Eyzaguirre, la categoría responde a un *orden cultural*.

En otras palabras, estas subcategorías del “orden” que planteamos individualmente, se agrupan en un “orden social del pasado” que vendría a conformarse como una mentalidad utópica en donde, los ensayos históricos son un *saber* (un tipo de conocimiento) que pasa a convertirse en un *creer* (utopía histórica por parte de un grupo de historiadores) *ser siempre*

distancia de la realidad, sirviendo para el conocimiento de ésta en la medida en que, mediante la indicación del grado de aproximación de un fenómeno histórico a uno o varios de esos conceptos, quedan tales fenómenos ordenados conceptualmente” (p. 17). A fin de cuentas, para Weber, nos podemos referir a tipos ideales siempre que se hable de casos típicos pero siempre debe construirse en función de una adecuación de sentido. En nuestro estudio, aplicaremos una categoría que cumpla con este enfoque de sentido a partir de las delimitaciones teóricas realizadas en el marco teórico de esta investigación.

⁴⁴ Edwards, Alberto. 1982. *La Fronda Aristocrática en Chile*, Prólogo de Mario Góngora. Santiago de Chile, Ed. Universitaria. Utilizamos esta editorial como fuente de datos.

⁴⁵ Encina, Francisco Antonio. 1955. *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. Utilizamos esta editorial como fuente de datos.

⁴⁶ Eyzaguirre, Jaime. 1992. *Fisonomía histórica de Chile*. México, Fondo de Cultura Económica. Utilizamos esta editorial como fuente de datos.

(Identidad esencialista). El ensayo histórico se convierte en un sistema de creencias que determina un pensamiento de grupo, cuyo interés común busca un espíritu nacional (*folksggeist*) que se intenta traer virtualmente a un presente contratando el “adormecimiento de la época colonial” y “el ideal de progreso republicano” que difundió la historiografía liberal precedente y, manifiesta, además, un “deber ser siempre” (Pueblo) ante el cambio impulsado por la mentalidad socialista-comunista que preconiza una “sociedad de clases”. A fin de cuentas, sería “el orden social del pasado” una categoría empírica que se trataría de imponer como un sentido común que forma parte de nuestra esencia de la identidad nacional y que podemos revelar a partir de ensayos históricos y el contexto socio-histórico de un grupo (Siglo XX).

El “orden social del pasado”: la utopía de la historiografía conservadora chilena.

La Fronda Aristocrática en Chile (1928) de Alberto Edwards⁴⁷, ha sido una de las obras más analizadas por los eruditos de las disciplinas históricas y filosóficas en Chile. En las siguientes líneas, nos dedicaremos a realizar una nueva interpretación de este ensayo, buscando en su contenido los procesos y sujetos históricos que se afinen a nuestros objetivos de investigación. No nos atenderemos a realizar un resumen detallado de dichos elementos temáticos, sino que, más bien, desprendemos, a través del tipo ideal del “orden político-jurídico”, las conclusiones que nos lleven a enmarcar al autor y su obra, dentro de una utopía propia de un grupo conservador.

El orden político-jurídico manifestado en la Fronda Aristocrática, es desde luego, una categoría que funciona como un hilo conductor en el análisis de esta obra. En su nota preliminar, Edwards pone énfasis en lo que la política y la sociedad chilena ha sido y sigue siendo. Señala que Chile se ha constituido tempranamente, entre las naciones hispanoamericanas, excepcionalmente, como un Estado-nación auténtico señalando que, “por noventa años existió aquí la continuidad en el orden jurídico y una verdadera tradición política”⁴⁸.

Así, bajo esta línea de argumentación, sostiene Edwards que una nación, “más que un grupo humano que construye su historia con cierta libertad, es un organismo vivo que tiene un alma y un devenir necesario marcado por un ciclo vital el cual recorre fatalmente. Sería, el sector social

⁴⁷ Alberto Edwards Vives (1874-1932), fue abogado, político e historiador más influyente en los albores del siglo XX chileno. Realizó sus primeros estudios en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, y el Liceo de Valparaíso. Posteriormente, realizó estudios universitarios de derecho en la Universidad Católica y la Universidad de Chile. Se dedicó varios años de su vida a la política nacional, por lo que se unió al partido Nacional siendo electo diputado por Valparaíso y Casa Blanca entre 1909 y 1912. No obstante, decepcionado del sistema parlamentarista chileno, que adormecía las propuestas de leyes vitales para el país, fundó, en 1914, junto con Francisco Antonio Encina, Guillermo Subercaseaux y otros, el Partido Nacionalista el cual tendría una corta vida. No obstante, su carrera política no sufrió el mismo destino que el nuevo partido. Fue ministro de Hacienda en el gobierno de Emiliano Figueroa Larraín entre 1926 y 1927. Posteriormente ocuparía la cartera de educación en el Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1930-1931). En Ibáñez veía al fiel regenerador de la política del país y quién reemplazaría a la decadente oligarquía chilena. Así, se mantuvo leal a él hasta el final de su mandato, aceptando ser ministro de Relaciones Internacionales y de Justicia, justo tres días antes de que cayera su gobierno. Información bibliográfica reseñada por Mario Góngora en Edwards, Alberto. 1982. *La Fronda Aristocrática en Chile*, pp. 11-13.

⁴⁸ Edwards, Alberto. 1982. *La Fronda Aristocrática en Chile*, p. 28.

alto, la Aristocracia (que habría sido el primer movimiento con caracteres de ‘fronda’ ocurrido en Chile) la que hizo la independencia nacional y heredó del Chile colonial una serie de valores espirituales que constituyen la esencia de su ser, es decir, su *alma*⁴⁹.

Conforme a lo anterior, desde el ensayo *La Fronda Aristocrática en Chile* de Alberto Edwards, se puede asociar las principales argumentaciones históricas de este historiador con nuestra subcategoría ideal del “orden político jurídico” en Chile. Dicho orden, responde a una revitalización de la herencia colonial dentro del contexto Republicano de decadencia. La Aristocracia, la clase media y las masas, para este autor, serían sujetos históricos que conforman un “alma nacional” en la cual, los primeros serían el grupo social dominante por excelencia que corrompió los valores tradicionales, transformándose en una oligarquía que amenazó la existencia del gobierno fuerte y autoritario durante los decenios del siglo XX y principios del XX. La imagen de Portales para Edwards, sería el modelo a seguir dentro de un nuevo contexto, el presidencial, cuya figura idónea para mantener el Estado “en forma” era el coronel Ibáñez. En él se encarnarían los valores soberanos del pasado colonial, que restauró en una dimensión republicana Portales, y sería el único medio de orden político que se podría proyectar dentro de una sociedad que, por lo que hemos podido inferir de Edwards, se mantiene inerte y moldeable pero que, sin embargo, forma parte del cuerpo, del espíritu de la nación. En suma, vemos que esta concepción del orden político de Chile, encuentra un significado histórico, de carácter espiritual, en un orden superior y natural: el “orden social del pasado”; un pasado colonial adormecido por la historiografía liberal. En esta etapa de nuestra historia, Edwards encontraría un sentido histórico de continuidad en el plano político durante las distintas etapas del período, al que él denomina, de la República “en forma”.

Ahora bien, dentro de la amplia amalgama de producción historiográfica de Encina⁵⁰, hemos escogido *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias* (1911). Esta obra, es un ensayo histórico de Chile en donde su autor grafica las influencias de algunos factores intelectuales y morales sobre nuestra expansión material a lo largo de la historia. La enseñanza, la crisis moral y la decadencia del sentido de nacionalidad son temáticas centrales en su análisis y se enmarcan dentro de un análisis psicológico y sociológico de los sujetos y los procesos económicos de los que forman parte.

En este ensayo, hemos optado por realizar un análisis historiográfico a partir de la categoría ideal del “orden económico” de Chile llegando a la conclusión de que vemos en Encina una concepción del “orden económico” de la nación en función de la raza y el territorio. Sin embargo, estas acepciones no lo llevan a denunciar una condena, sino más bien una búsqueda

⁴⁹ Gazmuri, Cristián. 2004. “Alberto Edwards y la Fronda Aristocrática”, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile. *HISTORIA* No 37, Vol. I, enero-junio, pp. 61-95. ISSN 0717-7194. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942004000100003>.

⁵⁰ Francisco Antonio Encina (1864-1965), fue un historiador, abogado, político, y ensayista chileno. Realizó sus estudios en el Liceo de Talca y posteriormente ingresó a la Universidad de Chile, donde cursó la carrera de Derecho, obteniendo su título de abogado en 1896. Sin embargo, tras un breve ejercicio profesional se dedicó por entero a sus labores agrícolas.

de solución. Nuestra inferioridad económica, encontraría su superación en la revitalización del espíritu del sentimiento nacional a través de una educación técnica acorde a nuestro origen mestizo aunque, la batalla sería dura ya que aún persistía por aquella época el ciego espíritu de imitación de lo extranjero que ha retardado nuestro desarrollo económico, formando un cerebro antes que el cuerpo. Creemos que dicho cuerpo, es el cuerpo social en el que Encina ve una potencial superación de nuestra inferioridad económica. Entonces, si resurge este cuerpo social a partir de una revitalización de su espíritu nacional, veremos que el resurgimiento económico operará bajo una lógica del orden social del pasado, tomando conciencia de nuestra gestación colonial, y encendiendo las luces que apagaron a un pueblo las doctrinas liberales.

Para Encina, el influjo extranjero en la educación y el comercio chileno, fue potenciado por las condiciones psicológicas de nuestra población. La ineptitud y el desprecio por la actividad manufacturera y comercial serían actitudes acordes a las necesidades extranjeras en un país rico en recursos naturales. Por otro lado, como fenómeno paralelo a las influencias externas, pero que de algún modo se relaciona a ella, es lo que nuestro historiador ha denominado el “parasitismo”, es decir, al grupo de personas dedicadas a la abogacía, la medicina y empleados públicos que viven a expensas de la colectividad sin contribuir de manera eficaz a la producción económica de Chile. Este fenómeno, en palabras de Encina, “aunque consecuencia en parte de nuestra ineptitud fabril y comercial, ha llegado a constituir un factor independiente que contribuye a debilitar nuestra expansión”⁵¹, aprovechándose de los hombres de trabajo, atentan en contra del desarrollo de un pueblo joven.

El caso de la decadencia del sentimiento nacional, es para Encina uno de los temas que mayor atención debería tener en la búsqueda de una solución al problema del desarrollo económico de un país. Nuestro historiador, indicó como ejemplo de recuperación espiritual del sentimiento nacional de un país, el caso de Alemania; un pueblo que desde la postración en que estaba alcanza su esplendor económico y moral a través de acciones políticas y económicas que abogaban por el desarrollo industrial nacional y el consumo de productos locales. Para Encina, esta es una de las formas en que un pueblo recupera su espíritu a través de lo que es común entre sus pares y, en el caso chileno, es claro que existe una decadencia de dicho espíritu de nacionalidad. A este problema, Encina presta bastante atención y dedica un capítulo completo de su ensayo para detallar las causas de la decadencia del sentimiento de la nacionalidad.

Entre las obras de Jaime Eyzaguirre⁵², hemos optado por analizar la *Fisonomía histórica de Chile* (1948). Este estudio, es una Historia General de Chile pero realizada en un modo

⁵¹ Encina, Francisco Antonio. 1955. *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias*, p. 139.

⁵² Jaime Eyzaguirre Gutiérrez (1908-1968), fue abogado de profesión e historiador y docente por vocación. Recibió el influjo de la doctrina social de la Iglesia Católica a través del sacerdote jesuita Fernando Vives e ingresó, en la Universidad Católica, a la Asociación Nacional de Estudiantes. Una vez terminada la segunda Guerra Mundial, el tradicionalismo hispanista se convirtió en el eje central del pensamiento de Eyzaguirre y se opuso a la historiografía liberal decimonónica revalorizando el legado cultural y religioso del pasado hispánico de Chile en el que vio el elemento central de la identidad histórica del país. Asimismo, este intelectual se opuso a la decadencia de los valores tradicionales ante que las nuevas ideologías modernistas (liberalismo y marxismo) concibiendo el rescate del legado

ensayístico. En el contenido de este ensayo, aplicamos el tipo ideal del “orden cultural”, aunque, si bien consiste en un ensayo político, hemos podido apreciar que su explicación histórica responde a un ordenamiento de carácter cultural, pues es un ensayo que intenta revelar la imagen de Chile a lo largo de su historia, “sin desglosar ni su cuerno ni su alma del tronco hispanoamericano”⁵³, es decir, busca un sentido histórico de Chile desde la raíz común ancestral que comparte con las demás naciones hijas de España. En suma, en esta obra, Eyzaguirre ve a Chile como un integrante de una gran familia racial y cultural y en su contacto con las naciones hermanas y la madre patria define la singularidad de su fisonomía, es decir, escribe la historia interna de Chile a partir de las apariencias externas que lo definen como un país auténtico.

A fin de cuentas, el “orden cultural” en Eyzaguirre, se desprende desde el contenido de su ensayo bajo una forma hispanista. Este historiador, nos entrega una historia de Chile cargada de elementos culturales provenientes desde nuestro pasado más ibérico remoto. Desde nuestra “prehistoria” hasta la guerra civil de 1891, las conversaciones con la madre patria se reflejan en sus líneas, entendiendo a Chile a partir de España. El contacto entre razas, el cristianismo católico, el respeto al orden monárquico, son parte de un ordenamiento natural que trascienden, incluso, hasta la época republicana. En consecuencia, este orden cultural del ensayo de Eyzaguirre, está supeditado a una dimensión de orden social jerarquizada del pasado colonial y republicano, encontrando a hidalgos caballerescos, indígenas carentes de un sentido patrio, una Aristocracia agraria, Políticos estatistas deseosos del mantenimiento de un gobierno fuerte, liberales capitalistas y, por supuesto, una masa inerte y propensa a influencias externas de toda clase.

En suma, en las perspectivas ensayísticas que en cada autor hemos podido analizar, todas ellas contienen un interés en común que, según nuestro parecer, se adecúa a un “orden social del pasado”. Dicho orden social, consiste en la estructura del “alma nacional” de Chile, compuesta por una sociedad jerarquizada desde sus raíces coloniales más remotas que continúa, sin mayores alteraciones, naturalmente su curso a lo largo de su historia, pero que ha sido afectada por las influencias políticas, ideológicas, educativas y comerciales extranjeras en un país en donde su masa continua y seguirá siempre susceptible a ellas. La oligarquía plutocrática y la aristocracia terrateniente, no serán más que los intermediarios y potenciadores de este problema social que afecta al alma nacional.

Por su parte, en una de las expresiones de Edwards, vemos este orden social del pasado en donde:

“Los regímenes políticos “en forma” reposan sobre fuerzas espirituales. La burguesía heredó esas fuerzas de la antigua cultura y ellas le permitieron dominar por algunas generaciones. La disciplina religiosa, el hábito tradicional de la obediencia, el sometimiento

hispanico como la única manera de revertir dicho retroceso y construir una nación que se reconociera en su propia identidad. Síntesis biográfica tomada de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-656.html>.

⁵³ Eyzaguirre, Jaime. 1992. *Fisionomía histórica de Chile*, p. 8.

espontáneo a las jerarquías, son fenómenos preburgueses y existen, con mayor o menor fuerza, en todas las civilizaciones y en todos los tiempos”⁵⁴.

Al realizar esta afirmación, Edwards, nos muestra que la sociedad chilena siempre ha funcionado bajo esta lógica espiritual. Ve a la sociedad chilena como un organismo vivo que necesita de cadenas espirituales para mantenerse viva. La amenaza del alma nacional chilena sería el régimen de banqueros e industriales en el que está imbuida la nación y la potencial dictadura del proletariado, quien a través del sufragio universal regalado tiene en su mano un instrumento legal peligroso. Este proletariado, para Edwards, al igual que los burgueses, está desprovisto de todo sentimiento hereditario y tradicional de la cultura debido a sus instintos materialistas de goce y dominación. La solución a este problema social para nuestro historiador siempre ha sido el “peso de la noche”, el cual, “nos conservó aquí una ‘continuidad diferente’ [con respecto a otras naciones americanas], es decir, sumisa y disciplinada, respetuosa del poder y de las jerarquías sociales. Fuimos ‘los ingleses de América’”⁵⁵. En la época que le tocó vivir a Edwards, esta situación social del país fue cambiando, sin embargo, él mismo señala que la figura de Ibáñez, colocado a la cabeza del gobierno como un hombre justo y fuerte, vendría a restablecer el orden social del pasado en donde la autoridad es obedecida y respetada tanto por la aristocracia como el resto del pueblo. En suma esta sería la utopía conservadora en Edwards; es el deseo de un ordenamiento social con elementos tradicionales del pasado, como una solución que debería proyectarse en el devenir histórico del alma nacional.

En Encina, se puede observar al orden social del pasado como la utopía conservadora, al buscar una solución a la antinomia que existe entre los factores físicos y la vocación y las aptitudes de la raza en Chile. Señala que entre 1905 y 1911 ocurre en Chile un resurgimiento económico favorecido por la extensión de la agricultura a lo largo del territorio nacional, el incremento en la producción ganadera, el alza en el precio de la propiedad y la producción salitrera. No obstante, lo que más recalca por aquél entonces es el despertar del sentimiento de la nacionalidad gracias a las modificaciones legales en la educación a partir de 1911. En uno de sus capítulos finales, adjunta el acuerdo tomado por la Asociación de Educación Nacional en aquella fecha, en donde se les dice a los maestros y profesores que demuestren a sus alumnos la necesidad de preferir para sus consumos los artículos elaborados por la industria nacional. De esta forma, para Encina, los pedagogos “abrirán los ojos a la realidad”⁵⁶, menguando el egoísmo colectivo que forma el fondo del sentimiento de la nacionalidad.

Los efectos que tendría esta modificación superaría, de algún modo, la antinomia latente en lo que ha sido el orden social del pasado de nuestra nación que, a saber, sería la debilidad de nuestra expansión económica debido a la contradicción entre la naturaleza física y las aptitudes económicas de la población. Esta utopía de Encina, además, integra el deseo del autor por aprovechar los avances de la sociología y de la psicología colectiva que, “nos permiten hoy

⁵⁴ Edwards, Alberto. 1982. *La Fronda Aristocrática en Chile*, p. 285.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 287.

⁵⁶ Encina, Francisco Antonio. 1955. *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias*, p. 166.

modificar con rapidez el otro término de la antinomia: la eficiencia económica de la población”⁵⁷.

Tales avances, asociados con los medios pedagógicos, permitirían “contrarrestar desviaciones y suplir los vacíos en la evolución de los pueblos mestizos que tienen energía natural; es decir, de pueblos que tienen materia prima que elaborar”⁵⁸. Finalmente, Encina termina por proponer un equilibrio entre nuestro desarrollo intelectual y nuestra capacidad económica que sería favorable para nuestra evolución moral perturbada hasta ese entonces. Desde luego, esta utopía conservadora de Encina, es un proyecto que busca dar solución a un problema económico que ha acarreado nuestra alma nacional desde sus orígenes y es, a través de la rehabilitación del sentimiento de nacionalidad, la forma en que un pueblo logrará expandirse material y moralmente.

Finalmente, en lo que respecta a Eyzaguirre, vemos en él a la utopía del orden social del pasado en su deseo por representar a Chile como un alma perteneciente al tronco familiar hispanoamericano. Su obra está impregnada de valores hispánicos y católicos y explica la historia política nacional a partir de un enfoque cultural recurriendo, constantemente, al pasado prehistórico y colonial. Ve en el contacto hispano-indígena la base social del alma chilena y a la aristocracia castellano-vasca como los contenedores del orden soberano de obediencia social que más tarde Portales restauraría en su ideal de gobierno presidencial. Bajo esta lógica argumentativa, Eyzaguirre, en el último capítulo de la *Fisionomía histórica de Chile* al que denominó “Ser o no Ser”, llega a expresar este deseo de continuidad del orden social del pasado. En dicho capítulo, señala que las guerras civiles de 1830 y 1891 no sólo cambiaron a los detentadores del poder, sino que generaron un nuevo giro al curso de la historia. En otros términos, nos dice que la “revolución [de 1891] no brotó del súbito capricho de un hombre o del ciego arrebató de un pueblo enardecido, sino que fue la resultante de un madurado proceso del alma colectiva”⁵⁹. El instinto de conservación aristocrático, se mantuvo en línea en 1891, del mismo modo en que lo hizo anteriormente en 1830.

Ya en el siglo XX, Eyzaguirre expresa como el orden social del pasado se ve amenazado por los cambios políticos de la época. Nos dice que, mientras la población campesina seguía manteniéndose pasiva y dependiente al patrón, en las ciudades y en los centros mineros del norte las masas obreras comenzaban a tomar conciencia de su poder con la entrada en el país del socialismo marxista de finalidad claramente revolucionaria. Este despertar de los nuevos estratos sociales, según Eyzaguirre, era visto por la aristocracia terrateniente y la oligarquía plutocrática como un fenómeno sin sentido. Por otro lado, en las grandes ciudades la clase media comenzaría a ocupar su espacio social. Para Eyzaguirre, este chileno de la capa media:

“Exhibió más bien una fisionomía híbrida e insegura frente a las claras y auténticas del ‘caballero’ y del ‘roto’. Su temor a merecer el desdeñoso epíteto de ‘siútico’ con que le

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 168.

⁵⁸ *Ídem.*

⁵⁹ Eyzaguirre, Jaime. 1992. *Fisionomía histórica de Chile*, p. 150.

lapidaban desde arriba, le hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí mismo”⁶⁰.

Sería la influencia del Liceo, la que acentuaría con fuerza esta actitud del chileno de la capa media, convirtiéndose en un verdadero problema social que agudiza la “crisis del alma nacional”. Esta era una enseñanza calcada de los modelos extranjeros que, en palabras de nuestro historiador, estaba:

“Invasada de un cientismo analítico y pretencioso, indiferente a toda preocupación formativa del carácter y de espaldas a la historia y al alma chilenas, no era propicia para moldear voluntades recias, cerebros aptos a las grandes síntesis, ni estadistas capaces de afrontar con honradez y conocimiento los grandes problemas nacionales”⁶¹.

Conforme a esto, podemos observar que Eyzaguirre sigue la misma línea crítica que Edwards y Encina respecto a las falencias de la educación chilena en la agudización de nuestra crisis moral del alma nacional. Todos concuerdan en que la enseñanza importada, junto con las ideas e instituciones trasplantadas de naciones que vivían en una etapa cultural distinta, causaban una mutación artificial del alma colectiva en Chile, atentando de este modo a la evolución natural de la sociedad. A esto se le sumaría la ineficacia de la democracia liberal y las nuevas concepciones fascistas y comunistas que trababan aún más el desenvolvimiento moral del país.

Finalmente, podemos llegar a establecer que, en conjunto, para Edwards, Encina e Eyzaguirre, el “alma nacional” es una creencia compartida que debe espiritualizar un presente en decadencia. Esta alma es la *Folksgeist* manheimiana que los historiadores conservadores en estudio intentan traer virtualmente a un presente contratando a la *Zeitsgeist* liberal-humanitaria decimonónica y a la ideología de clases de la mentalidad socialista-comunista.

Con ella buscan realizar cambiar tal orden social del país, a través de ensayos que acusan la amenaza y la decadencia que dichos pensamientos antagónicos han ejercido en el sentimiento nacional. La utopía conservadora de la escuela historiográfica de Edwards, Encina e Eyzaguirre, intenta cambiar el orden de las cosas con el “orden social del pasado”, en el cual, la raza mezclada, la aristocracia mixta, el gobierno fuerte y la masa sumisa y obediente, es la continuidad histórica proyectable en nuestra nación, son los sujetos que encarnan, para ellos, el alma nacional. De este modo, los historiadores conservadores despertaron una época que mucho antes había sido adormecida por la escuela liberal: la época colonial. En ella intentan encontrar a una sociedad en la cual una forma espiritual y difunta dominó el mundo trascendiendo hasta el período republicano como una fuerza de orden necesaria para continuar un curso histórico natural.

Claramente, este tipo de creencia utópica jamás ha sido reconocida y atribuida a la escuela conservadora chilena como tal. En ellos han visto, más bien, una tendencia historiográfica que presenta una deformación histórica dado el carácter personal e interpretativo de sus obras.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 158.

⁶¹ *Ídem.*

Por otro lado, cabe señalar que, la utopía de estos conservadores no se detiene en su encierro textual. Por el contrario, creemos que tiene un alcance social, es decir, se proyecta sobre las condiciones existenciales de la sociedad chilena en una época determinada: principios del siglo XX. Esto quiere decir que no podemos prescindir de las condiciones socio-históricas en las que se desenvuelve este pensamiento conservador. Creemos que la utopía conservadora del orden social del pasado de nuestros historiadores se afina con un modelo esencialista de la Identidad chilena en el contexto histórico de Chile del siglo XX.

Crisis y decadencia moral de la sociedad chilena de principios del siglo XX. Hacia una esencia de la Identidad Nacional.

Veremos, en este apartado, cómo un pensamiento grupal trasciende la realidad legitimándose como una Identidad nacional que se proyecta como un “deber ser” de la sociedad chilena. Bajo esta lógica, dicha utopía se ubica y se proyecta dentro de un contexto socio-histórico al que los intelectuales conservadores en discusión han denominado de “crisis y decadencia moral”.

Dentro de sus ensayos históricos, Edwards, Encina y Eyzaguirre, crearon una utopía conservadora cuyo concepto central que representaba el devenir histórico de la sociedad chilena era el “alma nacional”. En dicha alma hemos podido apreciar un ordenamiento natural jerarquizado de la sociedad chilena, es decir, una sociedad espontánea y homogénea en donde han existido grupos dominantes tradicionales, clases o sectores medios y proletarios rebeldes. A todo este conjunto social, los conservadores lo han agrupado en un modelo esencialista: en el pueblo o nación. Este concepto de pueblo, estaría cargado de espiritualidad, sería una imagen acabada del ser chileno constituido en el pasado e inmutable en el tiempo.

Esta es la visión de mundo que hemos podido desprender del pensamiento utópico de Edwards, Encina e Eyzaguirre y es, en suma, un proyecto identitario compartido por ellos que vendría a ser un modelo social a seguir, auténtico, al cual se debe revitalizar para mantener cohesionada a nuestra sociedad en momentos de crisis moral de la nación. En suma, se trata de potenciar el conjunto de rasgos distintivos de nuestra sociedad para mantener la esencia de nuestra alma amenazada por las circunstancias socio-históricas de crisis.

Dichas circunstancias, corresponden en Chile, a la época que va desde 1900 hasta 1950. Larraín ha denominado a este período de la historia de Chile como el de una crisis de la modernidad oligárquica⁶². En ella, observa una crisis del liberalismo institucionalizado en el siglo XIX y del capitalismo industrial europeo que repercutió en nuestro país con la crisis del sistema exportador oligárquico. El resultado de este proceso de decadencia fue el surgimiento de un pensamiento nacionalista, una conciencia anti-imperialista y anti-oligárquica por parte de algunos sectores intelectuales de la sociedad Chilena. Tal es la situación histórica de nuestros historiadores conservadores. Ellos se ubican en este período y sus obras han sido un verdadero medio de revelación y diagnóstico ante tales eventualidades. No obstante, no fueron los únicos.

⁶² Larraín, Jorge. 2001. *La identidad chilena*, pp. 96-108

Otros pensadores chilenos se manifestaron por aquel entonces, entre los que destacan Nicolás Palacios, Enrique Maclver, Alejandro Venegas y Vicente Huidobro, entre otros⁶³.

En suma, en esta primera mitad del siglo XX, Chile atravesó un periodo de crisis en el ámbito político económico y social. Dentro de dicho contexto los historiadores conservadores realizaron ensayos históricos que manifestaban los malestares de este grupo sobre el orden social vigente. Por aquél entonces, incluso a nivel latinoamericano, la “inteligencia” aún mantenía un espíritu político en la sociedad a la cual pertenecían y algunos de los historiadores en estudio, asumieron una participación en la vida política del país. Edwards y Encina mantuvieron una activa participación en la esfera política de Chile mientras que, Eyzaguirre, si bien se mantuvo al margen de una participación activa en la alta esfera política del país, influenció en varias organizaciones de carácter católico que ejercían una fuerte influencia política en la sociedad chilena de su época. No obstante, lo que nos interesa aquí no es la descripción a fondo de la labor y acción política de estos sujetos, sino más bien su función intelectual dentro de un ambiente que estos historiadores percibían como decadencia moral. Entonces, lo que mantuvieron en común estos intelectuales fue la toma de conciencia de la ruptura con la tradición y la peligrosidad de tal situación dentro del contexto socio-político de Chile en el siglo XX.

El grupo conservador, como diría Sepich Lange, “entró repentinamente en colisión consigo misma y echó mano a la médula misma del pueblo”⁶⁴, es decir, estos historiadores ante las decadentes eventualidades que asolaban al país, vieron de pronto sus raíces al descubierto y sintieron la necesidad de darle un sentido y redescubrimiento, desde sus orígenes, a la sociedad en la que estaban circunscritos. En efecto, su historiografía tomó un rumbo interpretativo del pueblo chileno y se desempeñaron, como diría el mismo Sepich Lange, como una “inteligencia pura”, dejando de lado, de algún modo, su labor política y entregándose a la elaboración historiográfica. En este sentido, buscaron dar sentido a nuestra historia nacional a través de ensayos que refiguraran la imagen de un pueblo que se hallaba sumergido en una crisis moral.

Para nosotros, tal propósito intelectual, tuvo como resultado la creación de una utopía conservadora reveladora de una Identidad esencialista de Chile. En ella exaltaron los valores tradicionales de nuestra sociedad con un fuerte repudio al separatismo histórico promovido por los liberales decimonónicos que los precedieron y a la influencia socialista-comunista que intentaba dar conciencia de clase a la “masa inerte” por aquél entonces.

Entonces, en clave mannheimiana, las primeras décadas del siglo XX, la borrosa utopía de las ideas liberales y del positivismo social se venía derrumbando en Chile, y fue el momento de reivindicar a una utopía conservadora como medio de reacción ante tal situación. En consecuencia, la creencia del orden social del pasado utópico en el que se agrupan nuestros

⁶³ Algunos de estos pensadores han sido analizados por Cristián Gasmuri en su obra relacionada a aquella época de crisis: Gasmuri, Cristián. 1980. *Testimonios de una crisis. Chile: 1900-1925*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

⁶⁴ Sepich Lange. 1987. *Latinoamérica: ¿Madurez o Decadencia?*, Universidad Nacional del Cuyo, Mendoza, Argentina, p. 66.

historiadores, está socialmente condicionada. Dicha condición social, es una realidad en la que su conservadurismo se instala como una actitud subjetiva y valórica frente al cambio social que operaba en Chile por aquél entonces.

En Edwards, Encina e Eyzaguirre opera un deseo grupal por el rescate del alma nacional que se afina con la esencia del “somos”. El sentido utópico, entonces, busca conservar y trascender esencialmente como *lo que hemos sido-somos-y seguiremos siendo*, formando parte de una estructura temporal histórica de larga duración, función y trascendencia social.

Conforme a lo anterior, el rescate del sentimiento nacional que buscaban los intelectuales conservadores sería una de las finalidades de una utopía historiográfica chilena. Dicho sentimiento, no era popular-nacional, sino que era un sentimiento subjetivo propio de un grupo intelectual, que, como nos dice Gramsci, “sienten la continuidad de su categoría y de su historia [conservadora], única categoría que ha tenido una historia ininterrumpida”⁶⁵. Este marcado apego sobre *lo nacional* en los historiadores conservadores de principios del siglo XX, ha llevado a ciertos autores a examinar su pensamiento individualmente, catalogando a Edwards como un conservador liberal-revolucionario, a Encina como un conservador nacionalista y a Eyzaguirre como un corporativista e hispanista-católico⁶⁶.

La identidad chilena o nacional entonces, es una esencia en la medida en que la observemos desde una utopía conservadora. El orden social del pasado en estos tres autores revela una visión de la Identidad nacional en la cual un pueblo se define por sí mismo, dado por su naturaleza histórica, donde los sujetos están considerados dentro de una unicidad histórica. Los conservadores, entonces, han buscado conservar y proyectar esta utopía del orden social del pasado dentro de un esquema narrativo. Lo que hemos hecho nosotros es visualizar, teórica y empíricamente, dicha utopía dentro del contexto histórico-social en que surgió.

En consecuencia, podemos afirmar que esta Identidad nacional esencializada, es parte de una misión intelectual que ha intentado dar una expresión adecuada de la sociedad. En la historiografía conservadora de la “triple E”, este interés se ha materializado en una explicación histórica ensayística buscando un nuevo sentido a los dominios de la vida social (político, económico y cultural). Esta búsqueda de sentido, es propia cuando distintos grupos se enfrentan en un tránsito de un viejo sistema económico o político a uno nuevo. Para Mannheim, estas son “competencias grupales” por su supervivencia dentro del esquema de lucha por el dominio de la realidad circundante de una sociedad concreta. En Chile, tal era el panorama intelectual en el que figuraron Edwards, Encina e Eyzaguirre a principios del siglo XX. Ellos mismos definieron sus tiempos como una época de crisis moral e intentaron romper el orden establecido por sus predecesores liberales reinterpretando la historia de Chile. El resultado fue utópico, y lo hemos podido apreciar desde su propia historiografía, es decir, desde sus ensayos, en el que han establecido un verdadero “orden social del pasado”.

⁶⁵ Gramsci, Antonio. 1975. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México D.F., p. 58.

⁶⁶ Ver más en Cristi, Renato y Carlos Ruiz. 1992. Op. Cit. Págs. 17-102.

Este orden, en efecto, consiste en una utopía de la estructura del “alma nacional” de Chile que ha trascendido hasta nuestros días como una distorsión de la realidad que se ha agudizado cada vez más, especialmente si reflejamos a esta utopía en un modelo esencialista de nuestra chilenidad. ¿Acaso, en el acervo social chileno actual, es decir, en el sentido común de nuestros días, no se sigue concibiendo a nuestra identidad como una sociedad compuesta jerárquica y asimétricamente desde sus raíces coloniales más remotas continuando, sin mayores alteraciones, naturalmente su curso a lo largo del tiempo? Creemos que la respuesta es afirmativa, especialmente cuando se trata de asumir nuestra “chilenidad” desde una perspectiva global, unificada, homogénea e inmutable. En ese sentido, esta visión de mundo conservadora, habita como un sentido de normalidad en la realidad social del país. Sin embargo, pese a la distorsión de la realidad que se le ha atribuido a la escuela conservadora que hemos analizado, cabe señalar, que este resultado identitario no fue una mera crítica pesimista. Sus obras fueron un verdadero medio de prescripción de las condiciones sociales de su época que afectaban la perduración del alma colectiva nacional. Revelan la condena a la que el país se ha sometido por las influencias políticas, ideológicas, educativas y comerciales extranjeras en un territorio en donde su masa continúa y seguirá siempre susceptible a ellas. Acusan a la oligarquía plutocrática y la aristocracia terrateniente de ser los intermediarios y potenciadores de esta patología social que afecta al espíritu de la nación.

En el fondo, la utopía conservadora de la tendencia historiográfica conservadora a la que pertenecen Edwards, Encina e Eyzaguirre, buscan cambiar las visiones históricas del orden social vigente en el país con la utopía del “orden social del pasado”, en el cual, la raza mezclada, la aristocracia mixta formada en la colonia, el gobierno fuerte y la masa sumisa y obediente, es la continuidad histórica proyectable en nuestra nación; son los sujetos que encarnan, para ellos, un alma nacional. Este orden social del pasado es a la vez una esencia de la Identidad chilena.

Conclusiones

En la presente investigación, hemos podido analizar a una corriente historiográfica chilena fuertemente criticada por los círculos académicos de nuestra disciplina histórica. A las elaboraciones históricas realizadas por Edwards, Encina e Eyzaguirre se las han catalogado como una deformación de la historia nacional de nuestro país. Nosotros, sin ánimos de emprender una defensa historiográfica, hemos buscado aquellas potenciales distorsiones históricas de esta escuela conservadora en clave sociológica obteniendo, como resultado, una reflexión teórico-empírica reveladora de un pensamiento intelectual a partir de sus ensayos históricos.

La visión de la historia de Chile que revelan estos historiadores conservadores en sus ensayos, vistos en su conjunto, representan un rescate histórico-valórico, es decir, se instalan en nuestra sociedad como un relato que refleja un proceso perdurable e inmutable en el tiempo ante las eventualidades de una época y lugar determinado de nuestra historia: el siglo XX chileno.

Analizar una corriente historiográfica que construye una visión de mundo en una realidad concreta ha sido posible a partir desde el enfoque teórico de la Sociología del conocimiento de Karl Mannheim aplicado al campo de estudio de la historiografía. Desde esta disciplina sociológica se ha podido realizar una radiografía discursiva de los ensayos históricos conservadores vinculando la corriente intelectual, su construcción textual y su contexto socio histórico. En conjunto, estas dimensiones de la historiografía han resultado ser un lugar propicio desde el cual se pueden revelar nuevas problemáticas sobre temas y enfoques de la historia ya escrita, de sus autores y su contexto.

Gracias a la categoría de utopía conservadora de Mannheim, hemos establecido que, la elaboración del conocimiento por parte de los historiadores conservadores, opera como un instrumento que revela e intenta controlar una realidad social específica. Los ensayos históricos son un espacio literario en donde nuestros autores generan miradas globales de nuestro devenir histórico nacional, buscando anteponerse ante la literatura positivista- liberal que la precede y las visiones marxistas de la historia que, desde la perspectiva conservadora, amenazan un orden social esencialmente establecido. En efecto, podemos reafirmar nuestra hipótesis de trabajo afirmando que, en la historiografía conservadora chilena del siglo XX, específicamente en los ensayos históricos políticos, económicos y culturales de Edwards, Encina e Eyzaguirre, respectivamente; se encuentra figurado un sistema de creencia utópico que consiste en revitalizar el “orden social del pasado” histórico colonial cuyo resultado fue una ruptura historiográfica que refleja una Identidad Chilena (nacional) inmutable en el tiempo dentro del contexto socio-histórico al que estos precursores conservadores han denominado como crisis y decadencia.

Aquella esencia de la identidad chilena, proviene de un sentimiento grupal utópico conservador; es un sentimiento hereditario y tradicional de la cultura ordenada socialmente en el pasado colonial de nuestra historia. De este modo, compartimos las palabras de Bottomore que, en uno de sus análisis realizados a la obra de Mannheim, asevera que “todo conocimiento es un objeto susceptible de estudio sociológico”⁶⁷. Describir y analizar las formas en que el conocimiento es conservado, difundido, revivido o suprimido en una sociedad y época específica, es una de las tareas que la Sociología del Conocimiento en clave Mannheimiana nos ha permitido realizar en una corriente historiográfica.

La temática identitaria en esta investigación, como hemos señalado en líneas anteriores, es un resultado utópico de un pensamiento conservador que enciende la llama del sentimiento hereditario y tradicional de nuestra vieja cultural ancestral. Es aquella la esencia la que se refleja ante una mutación artificial del alma nacional socavada por influencias externas que amenazan el sentido de “lo propio” y de lo “nuestro”. Desde luego, esta reflexión es parte de un sistema de creencias compartidas por Edwards, Encina e Eyzaguirre, en la escuela conservadora chilena del siglo XX.

⁶⁷ Bottomore, Tom, *Marx y Mannheim*, en Horowitz, Irving Louis (comp). 1964. *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Tomo I, EUBEA, Buenos Aires, Argentina, p. 61.

Finalmente, creemos que este resultado identitario del análisis sociológico en dicha corriente historiográfica, abre el camino a nuevas reflexiones sobre nuestra Identidad chilena en la Historia. En la historia escrita y en el conjunto de representantes de las diversas corrientes historiográficas chilenas que potencialmente describan un sentido identitario de los sujetos que historizan. Hoy en día, el panorama historiográfico es distinto de lo que solía ser a inicios del siglo XX. Las investigaciones historiográficas actuales, han sido un aporte para nuestra identidad chilena, gracias al apoyo de la disciplina histórica en los diversos enfoques investigativos que han otorgado las otras ciencias sociales. La antropología, la sociología, la economía, la lingüística, entre otras, han resultado ser un campo provechoso en el que la ciencia histórica ha buscado aproximarse a las realidades de nuestro pasado humano. Asimismo, creemos que en las distintas especialidades del campo del saber historiográfico, debería ser imprescindible un análisis de los textos y su contexto al momento de realizar una relectura de los trabajos de historiadores que han sido catalogados como “clásicos”, de modo que surjan nuevas problemáticas que puedan enriquecer la labor historiográfica.

Bibliografía

- Abellán, J. L. 1972. *La Idea de América: origen y evolución*, Madrid, Editorial Istmo.
- Abercrombie, N. 1982. *Clase, estructura y conocimiento*, Barcelona, España, Ediciones península.
- Apleby, J. Hunt, L. & Jacob, M. 1998. *La verdad sobre la Historia*, Traducción de Oscar Luis Molina S., Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Aróstegui, J. 2001. *La investigación histórica: Teoría y Método*, Barcelona, España, Editorial Crítica.
- Aurell, J. 2008. *Tendencias historiográficas del siglo XX*, Santiago de Chile, Editorial Globo.
- Barriga, O. & Henríquez, G. 2003. “La Presentación del objeto de estudio. Reflexiones desde la práctica docente”. Departamento de Sociología Universidad de Concepción. *Cinta de Moebio* FACSO. Pp. 1-8.
- Berger, P. L. & Luckmann, T. (compiladores) 2008. *Construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu editores.
- Briones, G. 1998. *Métodos y técnicas de investigación para las ciencias sociales*, México, Editorial TRILLAS.
- Castells, M. 2000. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Vol 2. México D.F, Ed. Siglo XXI.
- Cristi, R. & Ruiz, C. 1992 *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*. Santiago de Chile, Ed. Universitaria.
- Cristi, R. 1991. “El pensamiento conservador de Alberto Edwards”, en Revista *Estudios Públicos* n° 44, pp. 141-186.
- Edwards, A. 1982. *La Fronda Aristocrática en Chile*, Prólogo de Mario Góngora. Santiago de Chile, Ed. Universitaria.
- Encina, F. A. 1955. *Nuestra inferioridad económica, sus causas, sus consecuencias*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Eyzaguirre, J. 1992. *Fisionomía histórica de Chile*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Feliú Cruz, G. 1967. *Francisco Antonio Encina, historiador*, Santiago de Chile, Editorial Nacimiento.
- García Canlini, N. 2001. *Culturas Híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires Argentina, Ed. Paidós.

- Gazmuri, C. 1980. *Testimonios de una crisis. Chile: 1900-1925*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Gazmuri, Cristián. 2004. "Alberto Edwards y la Fronda Aristocrática", Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile. *HISTORIA* No 37, Vol. I, enero-junio, pp. 61-95. ISSN 0717-7194. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942004000100003>.
- Gazmuri, C. 2006. *La historiografía chilena (1842-1970). Las corrientes historiográficas chilenas entre 1920 y 1970, las influencias recibidas y otros aspectos*. Vol. 2, Santiago de Chile, Ed. Taurus.
- Gazmuri, C., Aylwin, M. & Gonzales, J. C. 1977. *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Santiago de Chile, Aconcagua.
- Gramsci, A. 1975. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México D.F.
- Herman, A. 1998. *La idea de decadencia en la historia occidental*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Horowitz, I. L. (compilador). 1964. *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Tomo I, Buenos Aires, Argentina, EUBEA.
- Larraín, J. 2001. *La identidad chilena*, Santiago de Chile, Lom ediciones.
- Larraín, J. 2009. *El concepto de ideología. Irracionalismo, historicismo y positivismo: Nietzsche, Mannheim y Durkheim*. Vol. 3. Santiago de Chile, LOM ediciones.
- Mannheim, K. 1987. *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Merton, K. 1992. *Teoría y Estructura Sociales*, tercera edición traducción de Florentino M Torner y Rufina Borques, México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- Miller, N. 2010. "La historiografía del Nacionalismo y de la Identidad Nacional en América Latina", Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, Universidad Andrés Bello. *BICENTENARIO*, en *Revista de Historia de Chile y América*, vol. 9, N°2. pp. 5-28
- Olivé, L. (Compilador). 1994. *La explicación social del conocimiento*, segunda edición, México D.F., UNAM.
- Pinto Vallejos, J. & Argudín, M. L. (compiladores) 2006. *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX*, México, Azcapotzalco Universidad Autónoma Metropolitana.
- Ricoeur, P. 2006. *Ideología y Utopía*, Barcelona, Gedisa.
- Sepich Lange, J. 1987. *Latinoamérica: ¿Madurez o Decadencia?*, Mendoza, Argentina, Universidad Nacional del Cuyo.
- Stark, W. 1963. *Sociología del conocimiento: el pensamiento sociológico en la historia de las ideas*, Madrid, España, Eds Morata.
- Venegas, F. 2012. "Una mirada a las reflexiones sobre los mestizos y los mestizajes" pp. 169-209, En Bancalari, A., Rojas, M., Valdés, M & Ventura, J. M. (editores), *Concepción y el Bicentenario. Miradas a su historia republicana*, Concepción Chile, Editorial Universidad de Concepción.
- Villalobos, S. 1980. *Historia del pueblo chileno*, Tomo I, Santiago de Chile, Instituto chileno de Estudios Humanísticos.
- Weber, M. 1974. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica.